11039

UN SÍ Y UN NO,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

DE

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

1854.

7

UN SÍ Y UN NO,

COMEDIA

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE,

á 18 de Febrero de 1854.

Madrid, 14 *de Febrero de* 1854.

Segun el informe evacuado por el señor Censor, puede representarse.

QUINTO.

UN SÍ Y UN NO,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

DE

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

. . . . . Los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
La pluma, y en una llana
De papel, suman... Segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda.

MORATIN, en su comedia *El Baron,* acto II, escena VI.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

1854.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/unsyunnocomediae2587hart

Esta comedia ha sido anunciada como «obra del autor aleman *Œdering*, conocido con el nombre de *Jowe Ganein.*» Siendo anagramas dichos tres nombres, deberá entenderse que un *Un sí y un no* es obra del autor, aleman *de orígen*, conocido con el nombre (ó con los nombres) de *Juan Eugenio.*

Pertenece, pues, la propiedad de esta composicion á D. *Juan Eugenio* Hartzenbusch, *aleman de orígen;* y nadie podrá sin su permiso representarla ni reimprimirla en España ni sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

Con el argumento y situaciones de *Un sí y un no* tienen semejanza diferentes comedias : véase la de *Jerónimo el Albañil.*

PERSONAS.	ACTORES.
PILAR.	Doña Teodora Lamadrid.
GARCÍA.	Don Manuel Ossorio.
DON MÁRCOS. . . .	Don Joaquin Arjona.
FLORENCIO. . . .	Don Fernando Ossorio.
DOÑA GREGORIA.	Doña Lorenza Campos.

La escena es en una casa de huéspedes, en Madrid, año 1853.

El teatro representará una sala con cinco puertas, dos á cada lado, y una en el fondo. La habitacion de Pilar y la de García están á la derecha del espectador; á la izquierda, la de Florencio y la que desde el acto segundo ocupa don Márcos. La puerta del centro deja ver un pasillo, con el cual comunican el cuarto de Pilar y otros á la derecha; el pasillo, por el lado opuesto, conduce á la calle.

Mueblaje decente: un armario pequeño de dos cuerpos, con puertecillas en el superior, y cajones en el de abajo. Una mesa, sillas, un espejo, etc.

UN SÍ Y UN NO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

PILAR, DOÑA GREGORIA.

Pilar aparece bordando una pechera de camisa, puesta en un bastidor á propósito. Pasan algunos instantes de silencio, durante los cuales doña Gregoria mira y arregla los trastos de la sala.

DOÑA GREGORIA.

Ni en mi cuarto ni aquí la encuentro, Pilar.

PILAR.

No se canse usted más en buscarla, doña Gregoria.

DOÑA GREGORIA.

Yo misma la recibí del cartero. No sé dónde puedo haberla escondido. Una distraccion de las mias.

PILAR.

Está usted segura de que la tal carta era para mí?

DOÑA GREGORIA.

Á doña María del Pilar Villaurrutia decia el sobre, calle de la Estrella, número 23, cuarto principal, habitacion de huéspedes. En esta casa no hay más Pilar que usted.

PILAR.

Pues no sé de quién pueda venir. A mí nadie me escribe.

DOÑA GREGORIA.

Algun antiguo conocimiento de su padre de usted. Él era muy rico, verdad?

669110

PILAR.

Muy rico no; pero cuando vino á Madrid, contaba con cincuenta mil duros para mi dote.

DOÑA GREGORIA.

Y todo lo perdieron ustedes?

PILAR.

Lances de fortuna, doña Gregoria. Un millon poseíamos, en billetes de banco por cierto; y, al morir mi padre... haga usted cuenta que ni un maravedí nos quedó. Habia una deuda, que importaba más de otro tanto; era mi padre muy hombre de bien, y quiso pagarla.

DOÑA GREGORIA.

Ya. Debiendo... y teniendo conciencia... No tenia conciencia de huésped su padre de usted. Si me hubieran pagado á mí todos los que me han debido hospedaje, ya hubiera dejado este ejercicio tan afanoso. Bien que ahora con ustedes tres, mucho me duren, estoy en la gloria.

PILAR.

Temo que se va á quedar usted pronto sin uno.

DOÑA GREGORIA.

Don Pablo tal vez?

PILAR.

No, señora, Florencio.

DOÑA GREGORIA.

Adios! Habrán ustedes vuelto á reñir.

PILAR.

Con más fuerza que la otra mañana.

DOÑA GREGORIA.

Rompimiento formal?

PILAR.

Poco ménos.

DOÑA GREGORIA.

Y con qué motivo?

PILAR.

Con el de siempre. Estábamos solos. Rabia Florencio por conversar á solas conmigo. Principió á ponderarme su afecto con unas razones tan sin razon... Me habló de las doce tablas de la ley, que yo no sabia que pasasen de dos; me citó las *Novelas* de Justiniano que estudió en la Universidad, asombrándome yo de que allí hubiese cátedra de novelas; y me dijo por fin que ya tenia en su po-

der el título de licenciado en jurisprudencia. Todo esto sin dejarme dar aquí una puntada, porque trae tal desasosiego cuando está cerca de mi silla, que si no me enfado, no hay forma de averiguarme con él. «Florencio, le dije, permítame usted concluir el bordado de esta pechera; que es para un novio, y la está esperando la oficiala que ha de hacer la camisa. — Yo no quiero que borde usted sino para mí. —Tiene usted licencia ya de su padre para contraer matrimonio? —Matrimonio! replicó entónces con un gestillo de probar acerolas verdes; con tan poca edad, y sin haber defendido un pleito, ¿cómo quiere usted que me arriesgue á casarme? — Y ¿cómo quiere usted que entre tanto le oiga yo hablar de novelas que no paran en boda?»—Se picó, me llamó exigente, le exigí que se retirara, se marchó trinando á su habitacion, y seguí mi tarea; he roto una docena de agujas, y creo haberme dado cien punzadas en este dedo.

DOÑA GREGORIA.

Pilar, don Florencio nunca ha pensado en ser esposo de usted.

PILAR.

Dias hace que lo sospecho.

DOÑA GREGORIA.

Por qué diantre quiere usted á ese títere?

PILAR.

Qué sé yo por qué le quiero, señora? Porque no debiera quererle, por eso quizá. Él aun no ha cumplido veinticinco años; yo voy caminando á los veintisiete; él es un muchacho elegante, que frecuenta las tertulias de Madrid más lucidas; yo, desde que la pérdida de mi padre me dejó huérfana, de vivir entre costureras y tenderos, me he convertido en una especie de modistilla groseruela y sin aprension. Su padre está bien; yo del mio no heredé sino tentaciones. Él, que ya es abogado, puede aspirar á los destinos más principales; mi bastidor es mi hacienda y mi única esperanza para lo sucesivo. ¿Cuánto le parece á usted que me pagan por esta pechera, doña Gregoria?

DOÑA GREGORIA.

Veinticinco duros lleva por ellas el comerciante; le dará veinte napoleones á usted.

PILAR.

¡Veinte? Doce; y me cuesta un mes de trabajo, á catorce horas de tarea diaria, de cuyas resultas ya la vista se me va resintiendo. Compare usted mi situacion con la de mi... con la de ese hombre.

DOÑA GREGORIA.

Quien debe compararla es usted. Pero Dios mejora sus horas, Pilar. Si se marcha Florencio... Es un huésped que paga bien, sentiria perderle; sin embargo, todavía sintiera más la fuga del otro. Si Florencio levanta el campo, no hay que afligirse: á pollo muerto, gallo vivo. Ahí queda el bueno de don Pablo García, que, sin ponderacion, adora en usted.

PILAR.

¿García! Pues nunca me ha dicho...

DOÑA GREGORIA.

Como ve que el otro es quien priva... Y él, que no peca de temerario..... Soldado fué; pero lo que tiene de emprendedor Florencito, lo tiene García de respetuoso y atento. Ha servido muy bien á su país en las armas, y le sirve en las letras.

PILAR.

Es un hábil calígrafo... sujeto muy honrado y juicioso... como que no es ya ningun muchachuelo.

DOÑA GREGORIA.

Treinta y ocho años cuenta: me parece que para usted...

PILAR.

Sí, comprendo. Para mí, que he salido ya de minoría, mejor fuera un hombre de más edad que yo, que uno de ménos.

DOÑA GREGORIA.

Como nuestros apreciadores afirman que desmerecemos tanto en sumando los cinco cincos... Bien que usted apénas representa veinte años, y cada dia tiene más gusto para acicalarse.

PILAR.

Más gusto no, más necesidad sí. Por eso gasto ahora doble tiempo que ántes, y doble dinero, en componerme y vestirme.

DOÑA GREGORIA.

Y con ese cuerpo tan lindo, lo luce usted, que da gozo verla. Ayer la contemplaba á usted García desde su balcon...

PILAR.

Ayer?

DOÑA GREGORIA.

Siempre que sale usted á cualquier diligencia. La seguia con los ojos miéntras iba usted calle arriba, tan embelesado y tan contento el pobre, que no se pudo contener al fin sin decirme: «Doña Gregoria, mire usted con qué garbo y qué señorío va Pilar por aquella acera! Ágil sin desgarro, derecha sin tiesura...»

PILAR.

Derecha! Sí, buen trabajo me va costando.

DOÑA GREGORIA.

¿Qué dice usted!

PILAR.

¿Cómo quiere usted que se conserve derecha una mujer, plegada todo el dia sobre los banzos del bastidor? Crea usted que si deseo mudar pronto de estado, es principalmente por el miedo terrible de que, siguiendo algunos años amarrada á este pícaro trasto, no me libro de una corcova.

DOÑA GREGORIA.

Pues, hija, don Pablo suspira por usted en silencio; y aunque no es mucho lo que gana extendiendo títulos y enseñando primeras letras, puede mantener con decencia á su esposa; fuera de que, el dia ménos pensado, le colocarán por influjo de ese consejero, á quien dió lecciones de ortografía. Determínese usted por él, y conservará sin curva la espalda.

PILAR.

Primero es que él se determine á manifestarme su pensamiento.

DOÑA GREGORIA.

Y si llega el caso?

PILAR.

Ya veré. No estoy ahora para decir...

DOÑA GREGORIA.

Los once años que García le lleva á usted ¿no le costarán un desaire?

PILAR.

¡Me traen á la memoria un lance tan raro esos once años de diferencia!

DOÑA GREGORIA.

Qué lance?

PILAR.

La historia de mi primer amor viene á ser.

DOÑA GREGORIA.

Sí? Refiérala usted.

PILAR.

Cuando murió mi padre, vivíamos junto á las Calatravas, en un cuarto bajo. Dos años ántes de aquel desgraciado acontecimiento, que contaba yo trece, un dia de fiesta por la tarde me senté á la reja, y entreabriendo unas cortinillas de tafetan, me puse á mirar

á los que bajaban al Prado. De pronto me ocurrió decir para mí: «Yo, si Dios no dispone otra cosa, me casaré el dia de mañana; voy á ver, de los jovencitos que pasan, cuál me gusta para marido.»

DOÑA GREGORIA.

Con tiempo lo tomaba usted.

PILAR.

Lo mismo que si pudiese escoger esposo á la manera que elige sultana el emperador de los turcos, empecé á observar á cada cristiano transeunte, poniéndoles faltas á casi todos. El uno era feo, el otro desgarbado, este parecia un hortera, aquel un aprendicillo de barbero. Pasó en fin por medio de la calle un airoso jóven en un caballo chiquito perla; y apénas le vi, solté las cortinas y me quité de la ventana diciendo: «Aquel, no veo más.» Figurábame yo que mi preferido seria un mancebo de quince años á lo sumo; en los periódicos del dia siguiente leí que, cerca de la ermita del Ángel, un caballo perla habia derribado y muerto al jinete...

DOÑA GREGORIA.

Pobre criatura!

PILAR.

Criatura de veinticuatro años, segun los periódicos.

DOÑA GREGORIA.

Ay, Jesus!

PILAR.

De trece á veinticuatro van once. Como la calle de Alcalá es harto espaciosa, engañada yo por la distancia, habia elegido un novio que me doblaba casi la edad. Considere usted ¡qué feliz y durable fué mi primera eleccion!

ESCENA II.

FLORENCIO, de bata. — PILAR, DOÑA GREGORIA.

FLORENCIO.

Doña Gregoria, ¿me hace usted el obsequio de mandar que aseguren con dos puntadas esta presilla? (Señalando una de la bata.)

DOÑA GREGORIA.

Por qué no? —(Llamando.) Sinforosa!

FLORENCIO, aparte.

Aun dura su enojo, segun las señas.

DOÑA GREGORIA.

Sinforosa! — Esta maña de no responderme!

PILAR.

Si es sorda la pobre.

DOÑA GREGORIA.

Siempre se me olvida. Una de mis distracciones. Voy á llamarla.

PILAR, á Florencio.

Lléguese usted aquí, si gusta.

FLORENCIO.

Gracias, Pilar. Siento yo tanto que usted se incomode!...

PILAR.

Yo no me incomodo... cuando se trata de pequeñeces. (Toma otra aguja, y sin levantarse, cose la presilla.)

DOÑA GREGORIA, aparte, retirándose.

Paso de reconciliacion se prepara. Me convenzo de que hace bien en callar el pobre calígrafo. (Vase.)

ESCENA III.

PILAR, FLORENCIO.

FLORENCIO.

Pilarcita... Alce usted los ojos á mirarme, Pilar.

PILAR.

Déjeme usted ver lo que hago, señor.

FLORENCIO.

(Aparte. Qué hermosos cabellos! ¡Qué preciosas manos, blancas á la par de la nieve!) Adorada mia! (Al querer abrazarla, se clava la aguja con que Pilar estaba cosiendo.) Ay!

PILAR.

A quién le ocurre, cuando estoy con la aguja en la mano?... Se ha hecho usted mucho mal?

FLORENCIO.

No. ¿Qué! (Aparte. Diantre!)

PILAR.

Está usted servido.

FLORENCIO.

Pilarcita, yo venia á justificarme con usted.

PILAR.

A ver cómo.

FLORENCIO.

Usted exige que dé cuenta de nuestro amor á mi padre.

PILAR.

Ó que no vivamos tan cerca.

FLORENCIO.

Pues bien, hoy mismo saldré de Madrid á impetrar su consentimiento.

PILAR.

Hoy, dice usted?

FLORENCIO.

Esta tarde á las seis, en el correo de la Mala.

PILAR.

Mala! No promete cosa buena ese nombre.

FLORENCIO.

Preocupacion! A las cuatro de la madrugada se llega á la venta de Juanilla; tomando caballerías allí ó en Santo Tomé de Pié del Puerto, á las dos horas ó dos y media sorprendemos á mi padre en Riaza.

PILAR.

¿Sorprendemos! Quién va con usted á la tal sorpresa?

FLORENCIO.

Quien destruirá, quien desvanecerá con su encantadora presencia las dificultades que mi padre pudiera oponer á mi dicha. Usted.

PILAR.

Yo, Florencio! ¡Yo, de noche, sola con usted en un carruaje, y más sola despues por esos caminos! A una mujer á quien se aprecia, no se hace semejante proposicion.

FLORENCIO.

Una mujer que ama debe admitirla.

PILAR.

Una mujer que ame puede no saber tenerse á caballo. Eso me pasa: con que el tal viaje no es para mí. Hágale usted solo, emplee con su padre todos los recursos de la oratoria que tiene aprendida, y vea de ganar la primera causa que toma á su cargo. Aunque es de pobre, no me parece injusta.

FLORENCIO.

Se burla usted de mí, Pilar?

PILAR.

Pretende usted burlarme, Florencio?

FLORENCIO.

Mire usted que si declaro á mi padre que su futura nuera es una bordadora, mi pretension no será muy bien acogida. Viéndola á usted, viéndola tan hermosa y amable, él, un labriego de capa burda, no sabrá negarme su bendicion.

PILAR.

Yo no debo ir á solicitarla en persona; la bordadora tiene mucha presuncion para eso.

FLORENCIO.

Pilar, ó me acompaña usted, ó parto y no vuelvo.

PILAR.

Dios mio!

FLORENCIO.

Decídase usted, y sea pronto.

PILAR.

Florencio, me trata usted como á una infeliz menestrala. Eso soy; pero acuérdese usted de que no siempre lo he sido.

FLORENCIO.

Si cabalmente aspiro á que vuelva usted á ser lo que fué.

PILAR.

Pero salir de Madrid así... Y sin haber despachado aun mi labor... Voy á concluirla en un instante... Despues...

ESCENA IV.

GARCÍA. — PILAR, FLORENCIO.

GARCÍA.

Señor don Florencio... — Con licencia de usted, Pilarcita.

FLORENCIO.

Qué hay, señor don Pablo?

GARCÍA.

Tengo que dar á usted una noticia muy agradable.

FLORENCIO.

Oiga!

GARCÍA.

Su padre de usted ¿no se llama don Márcos?

FLORENCIO.

Márcos Mauricio.

GARCÍA.

Vecino de Riaza, labrador acomodado, miembro de varias sociedades mineras...

FLORENCIO.

Sí, señor. Y bien, qué?

GARCÍA.

En una de las diligencias Peninsulares llega hoy á Madrid.

PILAR.

¡Qué dice usted?

FLORENCIO.

¡Mi padre? Cómo!... Pues... á qué viene?

PILAR, aparte.

Dios le conduce.

GARCÍA.

¿A qué ha de venir sino á dar un abrazo á su hijo, que ha terminado su carrera brillantemente? Esto dijo ayer á un camarada mio, que estaba como él aguardando la diligencia en el parador de Juanilla. Mi camarada, de quien acabo ahora de separarme en la administracion, tomó el primer coche; su padre de usted pensaba ocupar un asiento en el otro. No han venido juntos porque el señor don Márcos tenia que visitar no sé qué personas en Villarejo ó Rosuero.

FLORENCIO.

Labradores olvidadizos que estarán debiéndonos la renta.

PILAR.

Florencio proyectaba salir hoy de Madrid para ver á su padre; ya no necesita moverse.

FLORENCIO.

En efecto, se frustró mi propósito.

PILAR, levantándose.

Gracias á Dios!

FLORENCIO.

¿Qué!

PILAR.

Que despaché mi labor... y voy á entregarla. (Quita del bastidor el bordado.) Supongo que su padre de usted vendrá aquí de huésped.

GARCÍA.

Es natural; hay habitaciones desocupadas.

FLORENCIO, con amarga ironía.

Sí, se arregla bien todo.

PILAR.

Se ha quedado usted frio con la noticia que ha traido el señor. ¡Qué hijo tan poco amoroso para con su padre! ¡Si viera yo entrar por esas puertas al mio!...

FLORENCIO, volviéndose á García.

No le ha dicho á usted su camarada alguna otra cosa?

GARCÍA.

Me ha contado un desastre que acaba de suceder en aquella carrera.

PILAR.

No está por aquí mi pañuelo... Sacaré otro del armario. (Abre con llave un cajon del armario, saca un pañuelo y lo desdobla.)

FLORENCIO.

Cuál ha sido el suceso?

GARCÍA.

Parece que un aventurero sedujo con palabra de matrimonio, y robó de la casa paterna estos dias, á una señorita de Búrgos... (Pilar, que iba á echar la llave al cajon, lo deja solamente encajado, y se acerca á García, llena de curiosa inquietud.) La abandonó luégo en una posada; y la infeliz jóven, caminando sola y á pié en medio de una noche oscurísima, cayó en un precipicio, y á estas horas habrá muerto del golpe.

PILAR.

Qué horror!

FLORENCIO.

Desgracia ha sido, seguramente.

PILAR, con doble intencion.

Peligrosa es la carrera de la Mala, Florencio. Traiga Dios con bien á su padre de usted. (Pone la pechera en el pañuelo, que ata por las puntas, y se va á su cuarto. Luégo, por la puerta del fondo, se la ve cruzar el pasillo, ya con mantilla, para salir de casa. En la mano lleva el pañuelo con el bordado.)

ESCENA V.

GARCÍA, FLORENCIO.

FLORENCIO.

Qué tardará en llegar esa diligencia?

GARCÍA.

Sobre una hora.

FLORENCIO.

Iré dentro de un rato á esperar á mi padre. — Amigo, se ha lucido usted en la portada que ha dibujado para el álbum de Isabelita.

GARCÍA.

Ha visto usted el álbum de la señorita Valdáriz?

FLORENCIO.

Conozco á esa niña y al consejero, su tio y tutor, aunque no visito su casa. Quien allí manda en jefe es usted.

GARCÍA.

Don Luis y su pupila me aprecian: hace mucho tiempo que nos tratamos.

FLORENCIO.

Ayer le tuvieron á usted á su mesa.

GARCÍA.

Fué el cumpleaños de Isabelita.

FLORENCIO.

Me han asegurado que don Luis trata de casarlos á ustedes.

GARCÍA.

Ni ella ni yo sabemos palabra.

FLORENCIO.

Con pocas puede arreglarse el asunto. Isabel es amable y su dote crecido.

GARCÍA.

No soy de los que idolatran en el dinero.

FLORENCIO.

Pues mire usted, se comprende bien ese linaje de idolatría. Discurriendo positivamente, lo único apreciable, lo único útil, lo único bueno que hay en este mundo es el dinero.

GARCÍA.

Y la virtud? Y el honor? Y el saber?...

FLORENCIO.

La virtud, el honor y el saber sin dinero son atropellados y escarnecidos por el dinero sin honor, sin saber ni virtud: así pues, aunque no sea más que para la natural defensa, el virtuoso, el honrado y el sabio tienen absoluta necesidad de dinero, de mucho dinero.

GARCÍA.

El hombre de bien, como junte para vivir, no necesita más.

FLORENCIO.

El que solo tiene para vivir, es pobre; y el pobre, por muchas virtudes que posea, no deja de ser un ente inmoral.

GARCÍA.

¿Está usted en su juicio! Pues el pobre virtuoso ¿á quién da mal ejemplo?

FLORENCIO.

A cuantos amen la virtud, sin amar la indigencia. Ponga usted á un muchacho á la cabecera de un hombre de bien que se muere de hambre, y diga usted á la criatura que aprenda del moribundo á ser bueno: qué responderá el chico? « Yo seré un santo; pero quiero comer. » Pues ese niño es la fiel imágen del género humano, tal como existe en la actual sociedad. La virtud, en coche y con brillantes, alienta á seguirla; descalza y con andrajos, á nadie enamora.

GARCÍA.

Señor don Florencio Pascuaflorida, usted es licenciado de universidad, y yo del ejército. Usted ha aprendido á sostener con razones, ó cosa que se les parezca, una opinion buena ó mala, y yo no; pero escúcheme usted una historia, no ajena del caso. En Alhama, la de Aragon, el año 1839, compartian el modesto albergue de una viuda anciana dos forasteros, que habian ido allí á tomar las aguas medicinales; el uno tenia con la viuda algun parentesco, y era persona acaudalada, sin más dolencia que un exceso de robustez; el otro era un huérfano de pocos medios y endeble salud. Salteó una gavilla de bandidos el pueblo; robó y quiso matar á los dos huéspedes de la anciana; dos hijos de ella, el uno muy honrado, el otro un perdido, valientes ambos, los defendieron á todo trance, y arriesgándose mucho, les salvaron la vida. Repúsose con aquellas aguas el huérfano; se celebró entónces un sorteo de quinta, y cayó soldado el hijo bueno de la patrona. Era aquel jóven el sosten de su madre, porque del otro no tenia que esperar más que pesadumbres y trampas. Acudió la madre á su deudo, pidiéndole prestada una cantidad para tomar un sustituto por el buen hijo; contestó el pariente que no habia necesidad de dinero ni sustituto, porque él daria eficaces consejos al hijo malo, á fin de que se portara bien con su madre miéntras el bueno llevaba el fusil. El otro huésped, sin dar ni pedir consejos á nadie, se presentó por suplente del quinto, y sirvió siete años por él. Dígame usted, señor don Florencio, ¿ejerceria nocivo influjo la conducta de aquel muchacho?

FLORENCIO.

Hombre...

GARCÍA.

Qué le fué más beneficioso á la viuda? ¿tener derecho al amparo de un rico, ó haber merecido el agradecimiento de un pobre? Cuál de los dos quisiera usted ser? el pariente, ó el huérfano?

FLORENCIO.

Qué renta anual disfrutaba el pariente?

GARCÍA.

No bajaria de cincuenta mil reales.

FLORENCIO.

Esos quisiera yo para excusarme de escribir pedimentos. Pero, halláudome en lugar del ricote, hubiera sacado del apuro á la viuda. Ya ve usted que ni soy avaro ni muy ambicioso.

GARCÍA.

A la verdad, cuando usted pretende á una bordadora...

FLORENCIO.

Esa es harina de otro costal. Pilar me gusta mucho; pero...

GARCÍA.

Pero qué?

FLORENCIO.

Aun soy menor... aun no estoy casado.

GARCÍA.

Qué quiere usted decir?

FLORENCIO.

Que dependo todavía de mi padre... y que voy á aviarme para recibirle. (Vase.)

ESCENA VI.

GARCÍA.

¿Qué piensa este hombre! Tanto calor al hablar de dinero, y tanta indiferencia al tratarse de sus amores, qué dan á entender? ¿Que le devora la sed del oro, y que sus pretensiones con Pilar son poco legítimas? Y por qué he de maliciar del prójimo? Esa indiferencia será afectada; el amor es padre del disimulo; yo me precio de franco, y estoy encubriendo mi amor desde que vi á Pilar, de modo que Florencio me supone galan de Isabel.—Sí, ella y su

tutor estiman al hombre que, á fuerza de ahorros, les ha pagado los mil duros que les estafó el hijo malo de mi patrona; pero nuestras amistades no van mas allá. Extinguida por fin la deuda, viviré con algun desahogo: esta circunstancia y ese lenguaje de mi competidor justifican la resolucion que anoche formé. Tengo escrita la carta en que me declaro; ¿dónde estaria bien para que la hallase Pilar? Allá dentro? Ah! se ha dejado puesta la llave de este armario. Ningun sitio mejor. (Tira del cajon.) En el cajon echaré la carta. (La busca en el bolsillo.) Pero dónde la tengo? Pues yo jurara que la traia en este bolsillo. (Saca de él varios papeles.) No doy con ella.

ESCENA VII.

FLORENCIO, en traje de calle. — GARCÍA.

FLORENCIO, aparte, al salir.

Calla! El armario de Pilar está abierto. ¿Qué hace nuestro insigne calígrafo delante de él! (Quédase á la puerta de su habitacion observando á García.)

GARCÍA, sin ver á Florencio.

Me la he dejado encima de mi pupitre.

(Empuja el cajon, y se va á su cuarto.)

ESCENA VIII.

FLORENCIO.

Cerró y se fué. Abrir no le he visto: ¿encontraria abierto el cajon? ¡Qué? No. Pilar dejó el cajon embebido en su hueco. Hubo de aturdirse con la catástrofe de la dama de Búrgos, y se le olvidó quitar de ahí la llave: lógicamente se deduce que abrió García. Y ¿cómo ese mosquita muerta se atreve?... Porque él no es curioso... ni quiere á Pilar. Él le hizo un regalo por año nuevo: habrá querido sorprenderla con otro? Veamos. (Tira del cajon y lo mira.) Bien sospeché. Dos cajas de carton hallo aquí. (Saca una.) Un pañuelo hay en esta. Yo no he visto á Pilar con este pañuelo: se deduce lógicamente que García acaba de poner en el cajon esta caja. (La coloca en su sitio, y saca otra.) Y esta menor ¿qué tendrá? (La destapa, y saca unos papeles cogidos con una faja por en medio.) Santa Rita! abogada de los imposibles! Billetes de banco! No da tanto de sí la caligrafía: esto no lo ha visto don Pablo en su cofre... ni aquí... (Hojea los billetes con ansia.) Cuatro mil...

cuatro mil... cuatro mil... Son muchísimos. En la faja dice... (Lee.) «Herencia que me dejó mi padre : un millon de reales en doscientos cincuenta billetes. Pilar Villaurrutia.» Es su letra, es su firma, es poseedora de un millon! Cerremos, no me vean. (Impele el cajon.) No entra el cajon. (Cierra de golpe.) Qué estrépito armé! (Huye hácia su cuarto; luégo vuelve al medio de la sala.) Nadie... nadie.—Un tesoro es esta muchacha. Por cierto que si me descuido, me quedo sin él; gracias á que ella se ha descuidado. Á don Pablo decia yo que me contentaba con cincuenta mil reales de renta; un millon, solo al seis, rinde sesenta mil, y puede producir el doble. Ahora va de veras. Oh! sí, sí; Pilar es mi esposa.—Pero cómo callaba esto, señor? — Quisiera discurrir tranquilo, y no acierto.—Heredar un millon, y trabajar ella cual si lo necesitara para comer, es altamente contradictorio. Necio de mí! Es que ha recobrado la tal herencia estos dias... y ha querido hacer conmigo una prueba. Por eso me hablaba con tanto brio, por eso insistia de aquel modo en que pidiese la licencia á mi padre. Voy volando por ella. (Vase.)

ESCENA IX.

GARCÍA, con una carta.

Ni encima ni dentro del pupitre tenia la carta, la tenia conmigo. Aquí sobre el corazon la traia guardada, y él sin decírmelo. ¡Tierna y fiel expresion de un cariño tantos años oculto, Dios te proteja! La colocaré sobre... (Tira del cajon.) Qué veo! Esta cajita no estaba así. (La saca; está abierta y vacía.) Se volcaria cuando cerré; se levantó la tapa, y se salieron estos papeles. (Los toma y mira.) Pero... son billetes! Dinero aquí! Y yo lo he tocado!... (Pone la caja en el cajon.) ¡Eh? ¿Qué dice este letrero! (Lee el de la faja.) «Herencia que me dejaba mi padre : un millon!...» Cielos! Pilar es rica. No hay duda; lo firma ella. Esto es un caudal; este caudal es suyo; esta mujer no es para mí. — La herencia á su sitio. (Coloca los billetes en la caja, y la cierra.) La carta... No, ya no pongo ahí la carta.

ESCENA X.

PILAR.—GARCÍA.

PILAR.

García!

GARCÍA.

Oh Dios! (Cáesele al suelo la carta.)

PILAR.

Qué estaba usted haciendo en mi armario?

GARCÍA.

Nada, señora, nada ya.

PILAR.

Ese papel que ha dejado usted caer en el suelo, es mio?

GARCÍA.

No es de nadie, no es nada. (Lo hace pedazos.)

PILAR.

A qué viene el rasgarlo?

GARCÍA.

Era un papel inútil.

PILAR.

Ha registrado usted este cajon, García?

GARCÍA.

Pilar... Sí.

PILAR.

Sabe usted lo que contiene esta caja? (Mostrándosela.)

GARCÍA.

Lo sé; no puedo negarlo.

PILAR.

Por qué ha hecho usted eso, García?

GARCÍA.

El por qué, lo reservo. Lo que declaro es que he hecho muy mal, y me pesa en el alma.

PILAR.

Con una confesion así, ya no debo reñirle á usted; tendré sí que rogarle.

GARCÍA.

¡A mí, Pilar? Si me pidiera usted la vida, se la diera con gusto.

PILAR.

Eso fuera quedarme yo sin un amigo, á quien estimaba mucho hasta hoy.

GARCÍA.

Oh! si hay algun medio para que yo conserve su estimacion de usted, indíquemelo, por difícil que sea.

PILAR.

Usted sabe ya que existe en mi poder un millon de reales en billetes de banco, secreto que he conservado hasta ahora cuidadosamente, por motivos de que enteraré á usted, no en este momento en que me tiene usted un poco enfadada; pero sí cuando el mal humor se me haya pasado. (Cierra el cajon. Al volver la cabeza, sorprende á García en un ademan de vivo dolor; visto lo cual, suaviza ella el tono de su lenguaje.) Aun miéntras pasa, ya ve usted que no me impide hablarle con la templanza de la indulgencia.

GARCÍA.

Divina criatura!

PILAR.

Pues este secreto, de que ya participa usted, ha de continuar tan ignorado de todo el mundo como cuando le poseia yo sola.

GARCÍA.

Bien, Pilar, bien.

PILAR.

Me promete usted callarlo religiosamente?

GARCÍA.

Lo juro. Fie usted de mí.

PILAR.

A fe de soldado?

GARCÍA.

A fe de hombre de bien.

PILAR.

Contando con ello, porque los hombres de bien no han de ser curiosos ni parlanchines, me doy por desenojada, y ahí va mi mano de amiga.

GARCÍA.

Pilar, es usted un ángel.

PILAR.

Angel que borda! Angelito de aguja y dedal.

ESCENA XI.

DOÑA GREGORIA. — PILAR, GARCÍA.

DOÑA GREGORIA.

Hola, hola! ¿Á las manos han llegado ustedes! Bueno va!

PILAR.

No va como á usted le parece, doña Gregoria.

GARCÍA.

No forme usted juicios temerarios, por Dios.

DOÑA GREGORIA.

Ello dirá. — (A Pilar.) Lo que yo venia á decir á usted es que la criada tampoco me da razon de esa bendita carta. ¿La ha visto usted por ahí, García?

GARCÍA.

Qué?

DOÑA GREGORIA.

Una carta dirigida á Pilar.

GARCÍA.

No, señora, yo no.

PILAR.

Pues ¡no ha tomado usted con poco empeño la busca de la carta dichosa! Una carta que nada me puede importar.

DOÑA GREGORIA.

Qué sabe usted?

PILAR.

Me lo figuro. Bien que... Era de Sevilla?

DOÑA GREGORIA.

No; traia sello de Castilla la Nueva.

PILAR.

Entónces viva usted sin cuidado. A propósito de Sevilla... (A García.) Voy á dar á usted un encargo.

GARCÍA.

Mándeme usted.

PILAR, abriendo el cajon.

Yo he deseado mucho saber quién es el heredero de don Cárlos Figuérez, natural de Sevilla, que falleció en Puerto-Príncipe, y jamás he podido lograrlo. (Da á García un papel que ha sacado del cajon.)

Tome usted esta nota, y aprovechando las noticias que incluye, vea usted si es más feliz que yo.

GARCÍA.

Serviré á usted con el mayor gusto. Convendria, sin embargo, que me facilitara usted algunas explicaciones...

PILAR.

Conténtese usted por ahora con las de ese papel. Ya he dicho que no gusto de amigos curiosos.

GARCÍA.

Bien está, señora. Voy á enterarme de la nota, y á principiar en seguida mis diligencias. (Yéndose.) Don Cárlos Figuérez! Jurara haber oido este nombre al hijo malo de mi patrona. (Vase. Pilar cierra el cajon y quita la llave.)

ESCENA XII.

PILAR, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA.

Con que vamos, Pilarcita, qué ha pasado entre García y usted?

PILAR.

Nada de particular. Me disgustó mucho una imprudencia de García, me aplaqué luégo, hicimos las paces, y llegó usted á la conclusion del tratado.

DOÑA GREGORIA.

Ya comprendo yo lo que ustedes han podido tratar.

PILAR.

Me parece que no.

ESCENA XIII.

FLORENCIO. — PILAR, DOÑA GREGORIA.

FLORENCIO.

Pilar, he visto, he abrazado á mi padre... Soy el más feliz de los hombres. — Doña Gregoria, haga usted el favor de arreglar para mi querido padre la habitacion principal.

DOÑA GREGORIA.

Con mucho gusto. — (Llamando.) Sinforosa!

FLORENCIO.

Si era sorda la última vez que usted la llamó!

DOÑA GREGORIA.

Siempre se me olvida. Voy corriendo yo propia.

FLORENCIO.

Sí. Gracias. Y si enviara usted á Manuel á buscar á mi sastre... Ya sabe usted quién es.

DOÑA GREGORIA.

Sí, ese de... el de la calle de... allí junto á...

FLORENCIO.

Justamente. Mi padre viste al uso de su pueblo, necesita ropa... Tenga usted esa condescendencia.

DOÑA GREGORIA.

Inmediatamente, señor. (Vase.)

ESCENA XIV.

PILAR, FLORENCIO.

PILAR.

Cómo deja usted á su padre solo, y se viene aquí?

FLORENCIO.

Así lo ha querido. Se encontró en la administracion de diligencias con un amigo, allá de Sepúlveda, el cual se empeñó en conducirle á esta casa; un coche los espera miéntras se verifica el registro del equipaje. Trae allí mi papá tanto enredo!... Cestas de mantecados, cecina, muestras de minerales, caza, paños del país... una carga de piñas para encender la lumbre... Yo, por otro lado, ardia en deseos de llegar á los brazos de mi adorada.

PILAR.

Á los brazos, perdone usted.

FLORENCIO.

Á los piés, si no, pidiendo mil perdones á usted. Hasta hoy no he conocido yo quién era usted y lo que valia.

PILAR.

Y qué resulta de ese conocimiento?

FLORENCIO.

Que he corrido á buscar á mi padre, que apénas ha bajado del

coche, cuando con la prisa, con la vehemencia de mi pasion, se la he descubierto, informándole de las prendas y circunstancias que adornan á usted, y está él muriéndose por llamarla con el nombre de hija. Qué dice usted ahora?

PILAR.

Digo que... Digo que no proponia yo ningun desacierto cuando instaba á usted para que escribiese á Riaza.

FLORENCIO.

Quien andaba peligrosamente descaminado era yo. En reparacion de mis yerros, necesitamos ir mañana á la Vicaría.

PILAR.

Deje usted eso á cargo de padre.

FLORENCIO.

Mañana por la mañana, Pilar.

PILAR.

Es demasiado pronto.

FLORENCIO.

Se complace usted en dilatar mi ventura?

PILAR.

Déjeme usted prolongar estos instantes de expectacion..... de confianza... de aturdimiento... Déjeme usted.

FLORENCIO.

Es que la veo á usted parada, la veo triste...

PILAR.

Anhelaba este momento con vivas ansias, y ahora que llega, el corazon se me oprime... los ojos se me llenan de lágrimas..... no sé qué presentimiento me acosa..... Ay! Florencio, Florencio! quiera usted de veras á esta pobre mujer.

FLORENCIO.

Sí, con el alma y la vida, sí. (La abraza.)

ESCENA XV.

GARCÍA. — PILAR, FLORENCIO.

GARCÍA, aparte.

Cielos!

PILAR.

Ah!

FLORENCIO.

Señor de García, autorizado con el beneplácito paterno, tengo la honra de presentar á usted mi futura consorte.

GARCÍA.

Pilar... que sea muy en... Que sea usted feliz.

FLORENCIO.

Lo espero.

GARCÍA.

Yo no podré presenciar las satisfacciones de ustedes.

PILAR.

Por qué?

GARCÍA.

Se me ha confiado la comision de averiguar á quién dejó por heredero un tal don Cárlos Figuérez, natural de Sevilla... Necesitaré vivir algun tiempo en aquella comarca.

PILAR.

Qué precision hay?...

GARCÍA.

Oh! usted no sabe, usted no puede comprender que me es absolutamente preciso.

FLORENCIO.

Cuándo marcha usted?

GARCÍA.

Voy á disponer al punto mi viaje. —Adios, señor don Florencio. Pilar... Adios.

FLORENCIO.

Adios. (Vase. Le acompaña Florencio.)

PILAR, aparte.

Me ha sobresaltado, me ha llenado de angustia ese hombre. Parece que se lleva consigo mi dicha futura.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

PILAR, con un buen vestido; DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA.

No acierto á volver en mí de sorpresa. ¡Qué poco esperaba yo tal acontecimiento! Ya es usted novia. Florencio se ha explicado categóricamente, y su padre dice, en propios términos, que no se le cuece la hogaza hasta ver á ustedes *uncidos*. Uncidos! ¡Vaya un suegro fino que se echa usted!

PILAR.

Don Márcos habla y viste como un lugareño de Castilla la Vieja; pero no descubre pelo de tonto.

DOÑA GREGORIA.

Tonto? Socarron y taimado es lo que me ha parecido.

PILAR.

Un buen hombre de villa.

DOÑA GREGORIA.

Mejor me haga Dios. En fin, va usted á casarse á su gusto; que sea para bien.

PILAR.

Me parece que sí lo será.

DOÑA GREGORIA.

¿Y el pobre García!

PILAR.

Qué bizarro! Qué obsequioso conmigo! — Si tuviéramos otro corazon de reserva para una ocasion!...

DOÑA GREGORIA.

Yo que esta mañana supuse que ya estaban ustedes conformes! Los vi tan mano á mano...

PILAR.

Tratábamos de otros asuntos, créame usted.

DOÑA GREGORIA.

Pero, señor, este repentino viaje á Sevilla... Nada, nada. García se ausenta por no ver á usted casada con su rival.

PILAR.

Eso me ocurrió en un principio; despues he desechado la idea, y usted se hará cargo de la razon. Cuando conocimos á don Pablo, noté que parecia mirarme con algun interés: aguardé á que se explicara, muy satisfecha. Pasaron dias, semanas, meses... García, mudo como una estatua: chascos de esta especie nunca dejan de incomodar. Vínose aquí Florencio de huésped, y empezó á dirigirme requiebros desde el primer dia; por mucho que lo fuí dilatando, tuve al cabo que responder; en aquel intermedio, pasé algunas noches de insomnio crueles. Á mí me sucede una cosa muy particular; y es que, estando recogida y despierta, no hay para mí tinieblas ni silencio completos; veo ó creo ver unas vislumbres vagas y ténues, y se me figura percibir, ya un ruido como de lluvia, ya un toque de campanas lejano, ó cosa parecida, que no cesa de zumbarme en los oidos hasta que me duermo: este rumor se asemeja á veces á una voz humana. Pues si supiera usted, doña Gregoria, ¡cuántas noches, agitándome en el lecho la idea de una eleccion entre ambos huéspedes, me parecia oir... qué digo parecerme? oia claro un nombre, repetido muy bajo detras de mi almohada una vez y otra, ciento, mil veces!... García, García, García... — y García entre tanto pensaba en mí lo mismo que García del Castañar. Levantábame descolorida y ojerosa de la incómoda trasnochada, me ponia al bastidor, cruzaba por aquí don Pablo... «Buenos dias, Pilar; se ha dormido bien? — No mucho: me han tenido en vela unas aprensiones... — Pues ¿quién le quita á usted el sueño, criatura? — Estuve alguna vez por decirle: «Usted, majadero, que no sabe lo que me da que pensar.» Llegaba el otro... Eche usted flores á puñados!... Y qué ofertas! y qué instancias! «Cuándo me sacará usted de angustias? Cuándo me dirá si me quiere?» Para librarme de sus importunidades, tuve que decirle: «Hombre, sí.» Y no crea usted que le profesara por entónces

grande cariño; despues he ido cobrándosele mayor, porque, dada ya mi palabra... soy mujer de bien... he debido cumplirla.

DOÑA GREGORIA.

Qué ocasiones ha desperdiciado ese santo varon!

PILAR.

Me acostumbré á mirar á don Pablo como un amigo, como un hermano mayor, que inspira confianza... y algun respeto. Le escucho gustosa, tranquila... más tranquila que al otro, porque ese ántes me infundia una especie de susto...—Jesus! ¡Qué locuras estoy diciendo! Para concluir, siento muchísimo que García se ausente; no sé qué diera por excusarle cualquier pesadumbre; mas hoy he quedado sériamente comprometida con Florencio, y ya formo escrúpulo hasta de pensar si me ha mirado con buenos ojos algun pretendiente. Yo no sé querer de otro modo.

DOÑA GREGORIA.

Aun por eso ha empezado usted á sacar lo mejor del cofre, para lucirlo con el novio y el suegro.

PILAR.

Como tenemos que salir... y en coche! Doce años há que no he puesto los piés en un carruaje. — Estoy bien?

DOÑA GREGORIA.

No se ha mirado usted al espejo?

PILAR.

Doscientas veces. Obsérveme usted, doña Gregoria: ¿no es verdad que ando ya enteramente derecha? (Recorre la sala con gallardía y desenvoltura, hasta que ve salir á don Márcos.) Ah!

ESCENA II.

DON MÁRCOS. — PILAR, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA, riéndose.

Ah! ja, ja, ja! — Señor don Márcos, ¿no le parece á usted algo corcovada la novia?

DON MÁRCOS.

Corcová sea mi alma, si tal se me ofrece (1). Y ¡qué maja se ha

(1) Se me ocurre.

puesto! ¡Buena figura voy á hacer entre vosotros en el carricoche con este arreo y este calcijo (1)!

PILAR.

Pronto lo deja usted.

DON MÁRCOS.

Sí por cierto: lo que yo he dicho es lo que se ha de hacer. Me llevais á uno de esos almagacenes donde se halla de too...

DOÑA GREGORIA.

Queda usted contento de su habitacion, señor don Márcos?

DON MÁRCOS.

Pues no? Señor don Márcos! Soldemente por oirse uno llamar *señor don Fulano,* pué venirse á Madrid. Allá en Riaza, como casi toos prenuncian *l* en igual de *r*, unos me dicen *tio Málcos*, otros *tio Maulicio*... más corre el Maulicio, porque, ya se ve, tiene traza de mote, y allí no hay cristiano sin él... El tio Pelines, la tia Carramposa, el tio Zarramango, la Guindolera... (A Pilar.) ¡Cómo se retrae (2) usté á la tal Guindolera! Es usté su vivo retrato.

PILAR.

Quién es esa mujer?

DON MÁRCOS.

Fué una pobre aldabona que criaron en Turrubuelo.

DOÑA GREGORIA.

Qué se entiende por aldabona?

DON MÁRCOS.

Tola, mestiza, echá, ó por mejor decir, desechá. Hija de padres desconocíos.

DOÑA GREGORIA.

Acabáramos.

PILAR.

Expósita.

DON MÁRCOS.

Guapa era como ella sola... no, no, como usté. Algo más rolliza, pero la mesma gracia, la mesma fechuría de rostro, la propia caida de párpagos... No me dejará mentir mi Florencio.

DOÑA GREGORIA.

Oiga!

(1) Calzado.
(2) Se parece.

PILAR.

Cómo?

DON MÁRCOS.

No se asome usté á la celosía; que el muchacho enjamás pudo tragar á la tola. Si Dios no se la lleva tan pronto, quizá seria hoy madrastra de usté.

DOÑA GREGORIA.

Ya.

DON MÁRCOS.

Muy engolondrinao me tuvo; sea dicho sin agravio de lo presente.

PILAR.

Voy, con permiso de usted, á echarme la mantilla. (Vase.)

ESCENA III.

DON MÁRCOS, DOÑA GREGORIA.

DON MÁRCOS.

No pué negarse que mi hijo se lleva una hembrica de lo bueno que hay.

DOÑA GREGORIA.

En todos conceptos.

DON MÁRCOS.

Doña Gregoria, las piñas de encender la lumbre son pa usté.

DOÑA GREGORIA.

Mil gracias.

DON MÁRCOS.

Son cosa rica; mucho mejor que too lo que usan al efeto en Madrid. Á propósito de ricura: usté conoce bastante tiempo hace á Pilar.

DOÑA GREGORIA.

Desde ántes que muriera su tutor, y con mucho.

DON MÁRCOS.

Soldrá usté saber qué ha hecho y qué ha dicho... si tiene, si deja de tener...

DOÑA GREGORIA.

Seis años ha vivido en mi compañía, mirándola yo cual si fuera su madre.

DON MÁRCOS.

Usté no extrañará que me entere de ciertas minucias; pues, como padre de mi hijo, tengo obligacion de conocer los requilorios de la nuera que se me endilga.

DOÑA GREGORIA.

Ya se ve que sí.

DON MÁRCOS.

Allí truje... ya usté lo habrá visto... un tabaque lleno de caza...

DOÑA GREGORIA.

Sí, codornices y pollos de codorniz.

DON MÁRCOS.

Aparte usté pa sí la mitá de las guarnices y la mitá de los guarnigones.

DOÑA GREGORIA.

Usted se empeña en abochornarme.

DON MÁRCOS.

Le he cobrao á usté ley al istante, porque penetro yo que es usté una de aquellas personas imposibilitás de decir una cosa por otra.

DOÑA GREGORIA.

Corresponderé á la confianza con que usted me honra, señor don Márcos.

DON MÁRCOS.

Pues, señor, yo no tengo más hijo que ese... porque, como me quitó que me casara con la Guindolera... Y cuando yo me reucí (1) á no darle madrastra, ya se deja ver si le quiero.

DOÑA GREGORIA.

Vaya!

DON MÁRCOS.

Que le envié á Madrid á estudiar, que he gastao con él toita la hijuela de su madre, que ha concluío su carrera... mucho bueno hasta aquí. Pero cate usté, doña Gregoria de mi alma, que el juéves 15 recibo una carta de un amigo que tengo aquí-nesto (2) la corte, un alfolinero (3) que fué de Sepúlveda, el cual me escribia: «Tu hijo anda con dolor de cabeza por cierta individua; si es pa boda,

(1) Reduje.
(2) Aquí *en* la corte.
(3) Alfolïero el encargado del alfolí, *toldo*, ó despacho de sal.

no le conviene á él; si es pa broma, no le conviene á ella: mira tú qué os conviene á los tres.»

DOÑA GREGORIA.

Es hombre de juicio el ex-alfolïero.

DON MÁRCOS.

Me planto en Madrid, se me cuelga al pescuezo el muchacho, y me dice de Pilar tales cosas, que no puedo ménos de exclamar: «Corriendo, á casarte.» Hétele en seguida al del alfolin; zámpome solo con él en un coche, le doy cuenta de tó, y se empeña en que mi hijo, si no sueña, miente.—«Desa mina, me dijo...» El des-alfolinero es vizpresidente de una sociedá minera, entitulá la Tragantona... «Desa mina, dijo, no se saca ni el coste de la enuncia.»

DOÑA GREGORIA.

No comprendo...

DON MÁRCOS.

Á propósito de minas...En el término de Horcajuelo hay una, de que soy casi único propietario. Voy á regalar á usté una accion.

DOÑA GREGORIA.

Señor don Márcos, por nuestra Señora del Cármen, déjese usted de eso. — Y de qué es la mina? De oro? De plata?

DON MÁRCOS.

Á la hora desta solo es de agua salobre; pero toos los inteligentes aseguran que ha de ser con el tiempo riquisma, inagotable.

DOÑA GREGORIA.

Inagotable de agua?

DON MÁRCOS.

De metal rico... ó si no, de alcohol... ó por lo ménos, de polvos de escribir. Con que, amiga doña Gregoria, ¿con qué dinero hace usté á Pilar?

DOÑA GREGORIA.

Deje usted. Doce que hoy ha cobrado, tres que tenia, cinco prestados á una compañera que murió en el santo hospital anteanoche... Veinte pesos duros... y el mes pagado.

DON MÁRCOS.

¡Cómo dice usté?

DOÑA GREGORIA.

Hay que añadir una Vírgen del Pilar de plata, que pesa treinta

onzas, única alhaja que no le vendió su tutor. Cabales en todo, cincuenta pesos.

DON MÁRCOS.

Cincuenta pesos... cincuenta mil... Aquí-nesto la heróica villa, plantan á las cosas unos motes tan equivoquibles... Verbo y gracia: ¿quién ha de figurarse, como no se lo adviertan, que una talega sinifica trescientos treinta y tres doblones y pico? Dígame usté: los pesos de ahora, valen veinte reales, ó veinte mil?

DOÑA GREGORIA.

A cinco pesetas se cambian, señor don Márcos.

DON MÁRCOS.

Demontre, demontrijo (1) ¡Entónces el vizpresidente de la Tragantona estaba en lo cierto. Cincuenta duros... en igual de!...

DOÑA GREGORIA.

Se habia usted figurado que Pilar poseia cincuenta mil? que tenia de dote un millon? Ah! ya caigo.

DON MÁRCOS.

Sin daño sea. A ver la caida.

DOÑA GREGORIA.

Su padre era millonario; pero de lo que él tuvo, no han quedado á la hija más que recuerdos... tentaciones, como ella dice.

DON MÁRCOS.

¡Tentaciones, eh?... Y está usté segura de lo que afirma?

DOÑA GREGORIA.

Así estuviera tan segura la riqueza de la mina de agua. No hay más que preguntarle á Pilar. Quiere usted que la llame?

ESCENA IV.

FLORENCIO. — DON MÁRCOS, DOÑA GREGORIA.

FLORENCIO.

Sí, sí, haga usted el favor de avisarla, que vamos á salir.

DON MÁRCOS.

Aguarde usté un poco; tenemos que hablar.

(1) Demonio, demonicjo.

DOÑA GREGORIA.

Como ustedes quieran. (Aparte. Duros de veinte mil reales! Qué aprensiones tienen los de Riaza!) (Vase.)

ESCENA V.

DON MÁRCOS, FLORENCIO.

DON MÁRCOS.

Chico, vamos á cuentas... ¿Qué demontre me has dicho de la herencia desa mujer?

FLORENCIO.

Que se compone de un millon de reales en billetes de banco.

DON MÁRCOS.

Mira que el des-alfolinero jura y rejura que eso es cháchara.

FLORENCIO.

Ríase usted de ese hombre, y présteme fe.

DON MÁRCOS.

Mira que esa tia Gregoria se ha reido ya de mí, porque le he preguntao si era rica Pilar.

FLORENCIO.

Quiere decir que doña Gregoria no sabe, no ha visto lo que he visto yo.

DON MÁRCOS.

Acostumbras tú ver visiones? Te acontece soñar dispierto?

FLORENCIO.

Cuando le digo á usted que allí en ese armario, aquí en este cajon, hay encerrados cincuenta mil duros...

DON MÁRCOS.

Á dinero me huele ese trasto, no te lo negaré; pero se lleva uno petardos tales en herencias y bodas... tantos casi como en negocios de minas. Por nuestra Señora de Montanares te ruego que no me engaites. Si la bordaorcilla te gusta, bien te vaya con ella; tambien me gusta á mí, y te conceo licencia pa que te cases. Pero no me hagas consentir en que posé ese bienaventurao millon, si, en igual de millon, es cuento.

FLORENCIO.

¿Le parece á usted que me casaria yo con quien no tuviese más caudal que su aguja?

DON MÁRCOS.

Hombre, yo estuve aínas (1) si me caso con la Guindolera.

FLORENCIO.

Los viejos todavía suelen hacer locuras de esa especie; los jóvenes de ahora, no. Miramos algo más á lo positivo.

DON MÁRCOS.

En fin, tú lo dices, tú lo quieres... Orégano sea, y no alcaravea. No estaria de más que ántes que viésemos al escribano... Pilar viene. (Alzando la voz para que le oiga Pilar.) En cuanto á eso del escribano...

ESCENA VI.

PILAR, con mantilla. — DON MÁRCOS, FLORENCIO.

PILAR.

Eso no urge. Avíese usted de ropa, ya que este señor se lo exige, y otro dia, con más sosiego... (Abre el armario y saca de él unos guantes.)

FLORENCIO.

Hoy ha de ser, como estaba pensado. No nos acostumbremos á cambiar de propósito sin motivo.

DON MÁRCOS, acercándose al cajon á mirar.

Esta papelerilla me gusta; me he de llevar una igual á Riaza.

PILAR.

Llévese usted esta.

DON MÁRCOS.

Y dónde ha de poner usté lo que tiene ahí?

FLORENCIO.

No faltaria donde.

PILAR.

Poco lugar ocupa lo que merece guardarse.

DON MÁRCOS.

Ya... si es dinero... Con esa invencion de lo que llaman *talones*, en un papelejo como un naipe pué cualquiera tener un millon.

PILAR.

Un millon! Qué casualidad! Parece que adivinaba usted que tenia yo que hablarles de uno.

(1) Por poco, casi.

DON MÁRCOS.

Sí? Pues eche usté por esos labios de claveles.

FLORENCIO.

Explíquese usted.

PILAR.

Bajemos, y en el coche lo iré contando.

FLORENCIO.

Aquí es mejor.

DON MÁRCOS.

En el coche no oigo yo bien; el ruido de la diligencia me tiene atronao.

FLORENCIO.

Siéntese usted.

DON MÁRCOS.

Á mi laíto.

FLORENCIO.

Entre los dos. (Siéntanse.)

PILAR.

Qué curiosidad manifiestan ustedes!

DON MÁRCOS.

La gente de pueblo no toa es limpia; pero curiosa...

FLORENCIO.

El deseo de saber es la base de la filosofía.

DON MÁRCOS.

Ya lo oye usté. Filosofiquemos sobre la base del millon.

PILAR.

Pues oigan ustedes. Uno de nuestros últimos vireyes de Nueva-España, que poseia en Sevilla unas fincas, dejó éstos bienes al pariente suyo que resultara más inmediato. El Virey no tenia más que dos, y distantes: mi padre, que Dios haya, y un tal don Cárlos Figuérez Brahones.

DON MÁRCOS.

Ese don Cárlos ¿era de la provincia de Ávila?

PILAR.

No, señor, de Sevilla.

DON MÁRCOS.

Yo tuve escondido en mi casa unos dias á un don Cárlos Figuérez, á quien buscaba la policía; pero aquel era natural de Gotarrendura.

FLORENCIO.

Pilarcita, prosiga usted.

PILAR.

Llevaba mi padre el apellido de Teran y el de Villaurrutia. Pasó de nuestro pueblo á Sevilla, presentó sus documentos donde convenia, y apareciendo por la línea Teran pariente más cercano al Virey que don Cárlos por la línea Brahones, fué puesto en posesion de la herencia.

DON MÁRCOS.

Ese es el registro de la mina.

PILAR.

Queria mi padre que mi educacion se perfeccionara en Madrid, trató de establecerse en la corte, vendió las fincas del Virey por bastante ménos de lo que valian... (Se levanta.)

DON MÁRCOS.

Este es el filon.

PILAR.

Y vinimos aquí. Un millon de reales nos habia producido la venta. (Saca del armario la caja.)

FLORENCIO.

Un millon de reales, y vendiendo barato!

PILAR.

Aquí tienen ustedes el dichoso millon.

DON MÁRCOS.

Déjeme usté verle la cara. (Destapa la cajita.) Mira, mira, qué gloria de miles!

FLORENCIO.

Gloria de papel.

PILAR, aparte.

Bien! no es codicioso.

FLORENCIO.

Más me interesa la relacion de Pilar.

PILAR.

Pues falta referir lo mejor.

DON MÁRCOS.

Falta lo mejor? (Aparte. Si retoñará otro millon por ahí?)

PILAR.

Un dia recibió mi padre un anónimo, que le afligió profundísi-

mamente; cayó enfermo de pesadumbre; y ella le condujo á la muerte.

DON MÁRCOS.

Dios nos asista!

FLORENCIO.

Qué le trajo ese anónimo?

PILAR.

Eso le preguntaba yo cada instante... «¿Qué carta de excomunion es esa, papá? Desde que usted la vió, no ha tenido hora buena.— Ya es necesario informarte de todo», me dijo,—y aquella fué la última vez que me habló. Me hinqué de rodillas para escucharle, y en dos palabras me enteró de que la herencia del Virey no nos pertenecia.

FLORENCIO.

¿No!

DON MÁRCOS.

Demóncano (1)!

PILAR.

Nos la habian adjudicado como á parientes más inmediatos del testador por la línea Teran; y el anónimo, que nos remitia un árbol genealógico, demostraba que don Cárlos era deudo más próximo por la línea Figuérez.

FLORENCIO.

Pero mentiria el anónimo.

DON MÁRCOS.

Por supuesto, ese árbol mentia por el tronco y las ramas.

PILAR.

Ay! no, señor. Mandadas practicar por mi padre las comprobaciones debidas, resultaba que el anónimo decia la verdad.

FLORENCIO.

¿Es posible!

DON MÁRCOS, aparte.

La mina de oro se ha vuelto de agua.

FLORENCIO.

Y á todo esto, qué hacia ese don Cárlos?

PILAR.

Parece que habiendo venido á Madrid y comprometídose en una

(1) Demonio.

causa política, huyó por entónces á Francia; ello era que se ignoraba su paradero.

FLORENCIO.

De manera que su padre de usted...

PILAR.

Mi padre, de buena fe, habia tomado posesion de una hacienda que no era suya, la habia vendido á ménos precio, estaba en conciencia obligado á restituir su valor; y si lo restituia, yo, su hija única, yo, á quien amaba con delirio, quedaba sin pan!

DON MÁRCOS.

La concencia es á veces el mesmo enemigo. Dios nos libre della, digo, dél.

FLORENCIO.

Acabe usted, que nos tiene atónitos.

DON MÁRCOS.

Aturrullaos.

PILAR.

Me abracé con el pobre viejo, lloré, le reñí, reí para desimpresionarle... qué sé yo cuántas cosas hice?... mas ya no habia remedio para él. Juré, besando sus manos convulsas, que entregaria fielmente á don Cárlos el importe total de su hacienda; me bendijo el moribundo, me recordó las virtudes de mi santa madre... y partió á reunirse con ella.

DON MÁRCOS.

Válgame nuestra Señora de Hontanares!

FLORENCIO.

Pero usted era menor entónces...

DON MÁRCOS.

En efeto, era usté menora...

FLORENCIO.

Tendria usted tutor...

PILAR.

Mi tutor, que nada sabia y á quien nada quise decir del millon, apénas se enteró de que mi herencia se reducia á cuatro muebles y unas pocas alhajas, no hizo de mí caso ninguno; y á no valerme de mis regulares disposiciones para bordar en blanco, hubiera tenido que mendigar ó servir.

DON MÁRCOS.

Con un millon en ese almario!

PILAR.

Lo que yo deseaba era echarle fuera. Hice poner avisos en los periódicos, ocultando mi nombre, y averigüé que don Cárlos era difunto. Se llamó á su heredero; no pareció, y ahí tienen ustedes á ese aciado millon esperando á su dueño.

FLORENCIO.

Bien lo ha guardado usted!... y el secreto, mejor. Como que yo debiera ofenderme de la poca franqueza de usted.

PILAR.

A saber usted mi secreto, su cariño me hubiera parecido ménos espontáneo.

FLORENCIO.

Pero al fin de tres años de suspirar por usted...

PILAR.

Es que apénas hace tres horas que pidió usted mi mano.

FLORENCIO.

Es que si á mi padre no le ocurre tratar de un millon, ¿qué sé yo cuándo nos hubiera usted contado la historia de ese?

PILAR.

Esta misma tarde queria contarla.

FLORENCIO.

Usted lo dice...

PILAR.

Y usted debe creerlo. Yo no miento nunca.

FLORENCIO.

Pero sabe usted disimular.

PILAR.

¡Á disimulo achaca usted la reserva mia para custodiar el caudal ajeno? Pues es una disimulacion que me honra bastante. ¿Hubiera sido mejor pregonar por ahí que era depositaria de ese caudal, exponiéndome á un robo, á un fraude, á solicitudes interesadas?

FLORENCIO.

Me supone usted interesado á mí?

PILAR.

Sabia usted que tuviese yo tal dinero?

DON MÁRCOS.

Chicos, vais á reñir delante de esta gracia de Dios?

ESCENA VII.

GARCÍA. — PILAR, DON MÁRCOS, FLORENCIO.

GARCÍA.

Buenas tardes, señores.

PILAR.

García, ántes que usted emprenda su viaje, necesito conferenciar con usted.

GARCÍA.

Mi viaje se frustra; no me dejan marchar.—He hallado noticias de don Cárlos Figuérez.

DON MÁRCOS.

Calle!

PILAR.

Quién se las ha proporcionado á usted?

GARCÍA.

Don Luis Valdáriz, un caballero á quien Florencio conoce.

FLORENCIO.

Un sugeto muy relacionado con los ministros, tio y tutor de una linda sobrina.

PILAR.

Es el consejero que á los cincuenta años aprendió ortografía?

GARCÍA.

Es una persona muy estimable... que ha residido muchos años en la isla de Cuba.

PILAR.

En efecto, el señor Figuérez, el de Sevilla, murió en Puerto-Príncipe.

DON MÁRCOS.

El de Gotarrendura tambien.

GARCÍA.

Estaba usted equivocada, Pilar. Don Cárlos Figuérez no era natural de Sevilla, sino de Gotarrendura, como dice el señor.

DON MÁRCOS.

Entónces yo he tenido á ese hombre en Riaza, oculto en un granero.

GARCÍA.

Ya; por eso él...

FLORENCIO.

Pero cómo ha sido el hacer usted ese descubrimiento?

GARCÍA.

Cuando estaba preparándome al viaje, me envió á llamar á su casa don Luis; era para entregarme en propia mano mi nombramiento de inspector de Instruccion primaria.

PILAR.

Bien por el discípulo de ortografía! Muchas enhorabuenas.

FLORENCIO.

Repito.

DON MÁRCOS.

Ídem.

GARCÍA.

Muchísimas gracias. Manifesté á don Luis que necesitaba salir de la corte para averiguar á quién habia dejado por heredero don Cárlos Figuérez... y enseñé la nota que llevaba conmigo. «Ya está usted de vuelta», me dijo don Luis. Él habia conocido en Puerto-Príncipe á don Cárlos Figuérez, y conserva, con diferentes papeles suyos, su testamento.

PILAR, DON MÁRCOS, FLORENCIO.

Su testamento!

GARCÍA.

Don Luis entónces me hizo una relacion, cuyo resúmen es que don Cárlos murió, no muy rico, en la isla de Cuba, dejando por heredero á un extraño que le habia prestado un asilo en Riaza.

DON MÁRCOS.

Ese de Riaza soy yo.

GARCÍA.

Don Márcos Mauricio Pascuaflorida es el heredero de don Cárlos Figuérez.

DON MÁRCOS.

Santa María, madre de Dios!...

FLORENCIO.

¡Mi padre es el que hereda?...

PILAR.

¿Es de veras, García!

GARCÍA.

Lean ustedes el testamento. (Saca unos papeles. Pilar, don Márcos y Florencio toman y leen á una el testamento.) Muerto don Cárlos, un escribiente suyo malversó la herencia, y ocultó los papeles de su principal para no rendir cuentas al heredero. Vino á la Península, entró á servir á don Luis Valdáriz, se portó mal con él, y al huir de su casa, abandonó en ella esos documentos.

DON MÁRCOS.

No marra! Yo soy!

PILAR, tomando la caja.

Señor don Márcos, satisfaciendo el último deseo de mi padre y el más vehemente de los mios, pongo en manos de usted esta caja. Esto es de usted.—Yo no creia casarme con el hijo de un millonario; como Florencio mejora en fortuna, le debo en conciencia devolver la palabra con que hoy ha querido favorecerme. (Vase. La llave queda puesta en el cajon del armario.)

DON MÁRCOS.

¡Ah, boca de ángel, corazon de cien querubines, encarnaos en hembra! En contando, hablarémos. — (Á Florencio.) Reza tú en el ínter por el difunto. (Cuenta los billetes.)

ESCENA VIII.

GARCÍA, DON MÁRCOS, FLORENCIO.

GARCÍA.

Esto significa sin duda...

FLORENCIO.

Que Pilar ha tenido en depósito un millon de reales pertenecientes á don Cárlos Figuérez, que hoy corresponden á mi papá.

DON MÁRCOS.

Veintiseis, veintisiete, veintiocho.—Servidor de usté.—Veintinueve, treinta, treinta y uno...

GARCÍA, á don Márcos.

Reciba usted mi parabien por la herencia. (A Florencio.) Se le he dado á usted por la novia, que vale más.

DON MÁRCOS.

Tiene usté razon, caballero. — Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro. — Tiene usté razon.

(Vase García.)

ESCENA IX.

DON MÁRCOS, FLORENCIO.

DON MÁRCOS.

Cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta. — Esa muchacha merece ser emperaora de cuantas mujeres bordan y cosen. Bien y rebien me paecía con el millon; toadía me páece mejor sin él.

FLORENCIO.

Ya, porque ha venido á parar á manos de usted.

DON MÁRCOS.

Mis manos ó las tuyas lo mismo da. Too se queda en casa.

FLORENCIO.

Si da lo mismo, cédame usted esa cantidad por via de regalo de boda. Yo contaba con ella.

DON MÁRCOS.

Ya la cogerás, y con buena crez (1), cuando me echen la láude (2) encima. Entónces, con más años, acertarás á manejarte mejor en el mundo. Un muchacho que aun no llega á los veinticinco, no necesita tanto dinero.

FLORENCIO.

Quien no lo necesita es usted, acostumbrado á vivir en Riaza como un pegujalero infeliz. Yo tengo que vestir bien, ocupar un cuarto bonito, darme trato decente... pero usted! Apuesto á que todavía no ha probado el champaña.

DON MÁRCOS.

Nunca lo he bebido; pero en el parador de Lozoyuela lo he visto beber.—Á la vida de rico, en un periquete se amaña el más zonzorrion.—Doscientos cuarenta y seis, doscientos cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta. Cabal. Doscientos cincuenta billetes de á cuatro mil componen justo un millon de reales. Vea usted! Si el canalla del escribiente no hubiera ocultao ese testamento, doce años há que estaria yo manejando esta suma, y nos hubiera ya proucío otro medio millon.

(1) Aumento.
(2) Losa de sepultura.

FLORENCIO.

Ó si Pilar la hubiese invertido en acciones del Banco. De eso nos defraudan sus necios temores.

DON MÁRCOS.

¡Ya la acusas de necia? Pues esta mañana, por bien aguda me la vendiste. Va y viene el cacúmen con los billetes azulaícos?

FLORENCIO.

Papá, de cuántos va usted á desprenderse en nuestro favor?

DON MÁRCOS.

Pagaré el diezmo, aunque ya no se usa. Cinco mil duros regalo á tu novia.

FLORENCIO.

Nada más?

DON MÁRCOS.

¿Habrá ambicioson! ¿No es bastante para poner casa, abrir tu gufete y empezar á vivir?

FLORENCIO.

Cinco mil duros, los he de ganar yo en tres años; y en teniéndolos, una mujer con solo ese dote ya no es para mí una gran conveniencia. Al hijo de un millonario, lo que le conviene es la hija de quien posea, cuando ménos, el mismo caudal.

DON MÁRCOS.

Discurres con juicio; pero de que (1) media un amor tresañejo...

FLORENCIO.

Tres años de continuas quimeras. No puede usted figurarse lo esquiva que ha sido conmigo Pilar.

DON MÁRCOS.

Á ser más dulce que agraceña, ¿cuántas semanas hubieran durao tus amoríos?

FLORENCIO.

Tiene tambien más edad que yo.

DON MÁRCOS.

Tenia ménos que tú de que la conociste?

FLORENCIO.

Hasta los treinta años, apénas principia el hombre á vivir. ¡Buena vida me espera, si me hallo entónces con una cáfila de chiquillos, y su madre hecha una vision!

(1) Cuando.

DON MÁRCOS.

Y ¿no te han pintao esas reflexiones hasta que Pilar te ha dicho que no tiene un cuarto?

FLORENCIO.

La juventud, la inexperiencia... el amor, que nos pone una venda en los ojos...

DON MÁRCOS.

Tú ya no la tienes; dentro desta caja se te ha caido. (La tapa.)

FLORENCIO.

Cuando á uno se le desgracia un plan, siempre se desazona y..

DON MÁRCOS.

Yo te conozco, y aquí nadie nos oye: declárame la verdá sin rodeos. Se me antoja que ya, desenmilloná la pobre novia, el ansia de casorio se te afufó.

FLORENCIO.

La verdad es que, no interviniendo esa circunstancia, yo no habia pensado esclavizarme tan presto.

DON MÁRCOS.

Licenciadillo licencioso, ¿con qué fin me galanteaba usté á la bordaora?

FLORENCIO.

Primero por capricho, luégo por amor propio, ella tiene relativamente su mérito; por otra parte, un soltero de regular posicion no parece bien sin su adjunta: es una de las exigencias del sigio.

DON MÁRCOS.

Es decir que si no le ocurre á ese cafrílago registrar el cajon del almario...

FLORENCIO.

Si no salgo yo á tiempo de verle; si él no se retira, proporcionándome ocasion de abrir esa caja, crea usted que, léjos de hablar hoy de matrimonio á Pilar, hubiera declarado á doña Gregoria que con esta fecha cesaba de ser huésped suyo. Bastante consecuencia ha sido la mia, sosteniendo por tres años esa especie de amor en líneas paralelas, prolongadas hasta lo infinito, y siempr á la misma distancia.

DON MÁRCOS.

¿Sabes, hijo, que con ese amor para lelas, y con tó lo demas bue me dices, me vas entrando en ganas de coger un garrote y

agramarte los huesos? Bravamente has adelantao en Madrid! Antaño, el que cerdeaba por la codicia ó por otro lao vicioso, tenia vergüenza de que se lo conociesen, cuanto más de decirlo; pero hogaño, en igual de sentir cochura, páece que se hace gala de los apetitos desordenaos de toa clase. En fin, ya que hablas á tu padre con tanto desahogo, vamos á ver qué tal te gobiernas con esa infeliz. Esta tarde, ahora mesmo, íbamos á otorgar la declaracion de bienes; mañana teníamos de ir á la iglesia: ¿cómo eslapas (1) del atollaero en que te has metío?

FLORENCIO.

Muy fácilmente; los señores de antaño se apuran por nada. Yo diré á Pilar que nuestra delicadeza nos prohibe disponer de esa caja miéntras no aclaremos la cuestion de la herencia; que yo, como jurista, quiero estudiar á fondo el asunto y reconocer los documentos originales, para lo cual es indispensable que vaya á Sevilla. De este modo se gana tiempo; y una carta bien puesta concluye en definitiva el negocio. Está reducido á una dilacion, una ausencia y una despedida cortés.

ESCENA X.

PILAR. — DON MÁRCOS, FLORENCIO.

PILAR.

Tres viajes van hoy proyectados aquí, uno á Riaza y dos á Sevilla; detuvo el primero el señor don Márcos; don Luis, el segundo; y yo, que he tenido el gusto de oir á ustedes su amena plática, salgo á suspender el tercero. Sin dilacion, sin ausencia y sin carta, acepto cortésmente la despedida.

DON MÁRCOS, con sentimiento del que supone en Pilar.

Hija, quien escucha...

PILAR.

Su mal oye, dice el refran; esta vez ha salido falso: he oido mi bien; mi mal hubiera sido casarme con el que me llama (ademas de pobre) vieja y regañona. (Á Florencio.) La falta ó sobra de mis años, que apénas pasan de veintiseis, no es culpa mia; lo de pobre, no debe afeármelo quien por mí se enriquece; y en cuanto á si riño,

(1) Escapas.

testigo es usted de la enmienda, y eso que la ocasion era para hablarle á usted fuertecito. Señor don Márcos, usted que parece no ser enemigo de los amores paralelos, enseñe á ese niño cómo ha de portarse con mujeres de honor, aunque sean bordadoras y mayores de edad, y aunque usen de cierta esquivez con los disolutos que tratan de envilecerlas. — Beso á ustedes la mano, señores.

DON MÁRCOS.

Que te enseñe me ha dicho. Para lelos... esta es la mejor enseñanza.

(Coge una silla para tirársela á Florencio, que huye á su cuarto.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MÁRCOS, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA.

Jesus! Jesus! Villanía igual no se ve.

DON MÁRCOS.

Ha sido una trastá... una barbarie.

DOÑA GREGORIA.

Una iniquidad, una monstruosidad.

DON MÁRCOS.

Sin perdon de Dios ni de los hombres. No lo sabe usté bien.

DOÑA GREGORIA.

Si me hallo presente, me cuelgo de sus orejas como un alano: dispense usted la comparacion.

DON MÁRCOS.

Si no eslapa tan presto, del primer aguzonazo (1) le descuadrilo (2).

DOÑA GREGORIA.

Como remanezca por esta sala, entre mi Sinforosa y yo le pelamos. Y cuenta, que la sorda no es manca. (Repara en la llave del cajon, que está puesta; cierra, la quita y se la guarda.)

DON MÁRCOS.

Tiene usté razon; aquí no debe asentar los piés. He cometido una imprudencia, mandando á llamarle.

(1) Hurgonazo.
(2) Le deshago un cuadril, le estropeo una cadera.

DOÑA GREGORIA.

Si usted le ha llamado, es muy diferente. De usted no tenemos queja ninguna.

DON MÁRCOS.

He querido que me le busquen para saber si ha encontrao ya casa donde hospedarnos. Tarda tanto en venir!...

DOÑA GREGORIA.

Tambien Pilar se detiene bastante. Si le habrá sucedido algo? No quisiera que se viesen aquí los dos.

DON MÁRCOS.

Ni yo tampoco. Mas ya supondrá usté que yo no me voy sin hablar á la chica, para cumplir con ella segun corresponde.

DOÑA GREGORIA.

Piensa usted hacerle alguna expresion?

DON MÁRCOS.

Expresion y expresiones hay prevenidas para ella.

DOÑA GREGORIA.

Si pudiera usted asegurarle una suertecilla...

DON MÁRCOS.

Déla usté por segura y por buena.

DOÑA GREGORIA.

Señor don Márcos... indudablemente es usted un hombre de bien á carta cabal... y yo una tonta, una zopenca aforrada en malicia. Pues ¿no se me habia figurado usted un codicioso por el estilo de Florencio, aunque más taimado? Dios de piedad! Él me lo perdone, y perdónemelo usted tambien; que yo me acusaré de ello.

DON MÁRCOS.

Señora, toos necesitamos indulgencia plenaria. Dicen que hay en Madrid un señor tan repagao de su mérito, que le reza padrenuestros á su propio retrato; si tuviera yo el mio, no le rezara ni un Ave María. No estoy sastifecho de mi santidá.

DOÑA GREGORIA.

Lo cierto es que merecia usted otro hijo, que le diese más honra.

DON MÁRCOS.

Majaderote como él no ha nacido en mi tierra. Hétele allí. En mentando á Juan Loma, luégo asoma.

DOÑA GREGORIA.

Huy! me voy por no verle; que se me exalta la bílis de un modo... Huf! (Vase.)

ESCENA II.

FLORENCIO. — DON MÁRCOS.

FLORENCIO, presentándose temeroso.

Me tiene usted á sus órdenes, papá.

DON MÁRCOS, haciendo señal á su hijo de que se acerque.

Pilar no está en casa, la sorda trastea por mi cuarto y el tuyo, la patrona se ha marchao á sus hazanas (1) acullá dentro... Bien podemos hablar aquí sin temor de que aguaiten (2).

FLORENCIO.

Nada se perdió con que nos acechara Pilar. Salimos del compromiso ántes.

DON MÁRCOS.

Pero tú ¿conservas en el cuerpo el alma que trujiste á Madrid, ó se te ha escabullido entre las hojas de algun libraco? ¿No sientes la pena que has causao á Pilar?

FLORENCIO.

Pues no he de sentirla, señor? Una cosa es mirar por el propio interés, y otra carecer de afecciones humanas. Compadezco el mal de cualquier prójimo ó prójima; pero mi bienestar exige de la mujer que haya de ser mia ciertas condiciones, con que supuse adornada á Pilar, y que ella no tiene. No es un pícaro el hombre que, yendo á comprar una joya, se entra por equivocacion en una tienda de loza comun.

DON MÁRCOS.

Te doldrá la tal equivocacion, te doldrá. Entre barro humilde estaba la joya, Florencio; tú has reñido con el mercante, y él ahora guardará pa otro la alhaja.

FLORENCIO.

Qué quiere usted decir?

(1) *Hazanas* ó *hazañas*, quehaceres.
(1) Acechen, atisben.

DON MÁRCOS.

Casi nada, galan. Que el millon consabido no es nuestro.

FLORENCIO.

Pues de quién es?

DON MÁRCOS.

Era del padre de Pilar; por consecuencia, podrá (1) ser de la hija.

FLORENCIO.

Con mil diantres! Pero qué trasiego de herencia es este?

DON MÁRCOS.

Es que la fortuna, que se regodea zangoloteando á los presumidos, va y les pone en la mano el bien, de que á ellos se les antoja tirarlo al suelo.

FLORENCIO.

Al caso, papá.

DON MÁRCOS.

Ahí-neso mi cuarto hay sobre una mesilla redonda una porcion de tildos...

FLORENCIO.

¿Tildos!

DON MÁRCOS.

Ya se te ha olvidado ese nombre? Belhezos, cacharros, vasijas...

FLORENCIO.

El juego de café. Vamos, ya estoy.

DON MÁRCOS.

Me puse á mirar aquellos cachivaches, asín, maquinariamente; destapé uno, y hallé dentro una carta dirigida á Pilar. Á doña María del Pilar Villaurrutia, calle de la Estrella, núm. 23.

FLORENCIO.

La carta que buscaba doña Gregoria.

DON MÁRCOS.

«Oblea negra? Malo!» dije yo. «Algun azar más pa la chica, tras la barrabasá que mi hijo le ha hecho. Por sí ó por no, me enteraré de la epístola; y si es lo que barrunto, á la lumbre va.» Ras! Abrí. — Nos avizoran?

FLORENCIO.

Creo que no. — Seguros estamos.

(1) Deberá. Con la misma significacion dijo D. Márcos en la escena 2.ª del acto segundo, *soldrá*.

DON MÁRCOS.

Toma. Recréate. (Dale una carta.)

FLORENCIO.

Veamos quién escribe. (Lee.) «El hijo malo de la patrona de don Pablo García.» — Qué perillan es este?

DON MÁRCOS.

Un presidario que trabajaba en el canal de Isabel Segunda. — Lee, lee.

FLORENCIO.

(Lee.) «Hospital de Torrelaguna... 1853. Un delincuente condenado á cadena perpetua, un enfermo ya moribundo, se dirige á usted implorando misericordia. Sé que vive usted en la misma casa que don Pablo García; por él tendrá usted las noticias que necesitare de mí. Yo fuí secretario de don Cárlos Figuérez, quien por este apellido tenia con el virey de Nueva-España parentesco más inmediato que ustedes por la línea Teran; pero ustedes eran deudos más próximos que don Cárlos por la rama de los Villaurrutias: descubrimiento que hizo el propio don Cárlos, despues de adjudicada á ustedes la herencia. Es decir, señorita, que el legítimo heredero del Virey era su señor padre de usted, aunque no por el costado en que fundó su derecho, sino por el otro, cuyo entronque le era desconocido. Valiéndome de esta ignorancia para sacarle cantidad de dinero, escribí aquel anónimo que anticipó la muerte á su padre de usted; pues en efecto, averiguando él que era verdad lo que yo le decia, no descubrió la verdad que yo le ocultaba. Precisado á fugarme, no acabé de coger el fruto de mis inicuas maquinaciones. Perdónemelas usted en nombre de su virtuoso padre, y moriré con ménos remordimientos.»—Más abajo, de letra distinta: «Ha fallecido ya.»

DON MÁRCOS.

Qué tal? Qué me dices?

FLORENCIO.

Por consideracion al carácter de hombre, no declaro que soy un cuadrúpedo. He perdido una novia con cincuenta mil duros de dote.

DON MÁRCOS.

Por tu codicia, por tu ligereza, por no hacer caso deste rudo labriego, que sin haber estudiao latin, sabe algo más que tú de negocios en castellano.

FLORENCIO.

Verdad poco ménos que evangélica, papá. He procedido cual pudiera el mayor mentecato; pero me arrepiento sinceramente de mi locura, y voy á procurar enmendarla como es razon.

DON MÁRCOS.

De qué manera?

FLORENCIO.

Con el favor de usted, que sabe más que yo, agregando luégo mis pobres esfuerzos. Pilar no habrá visto aun esa carta.

DON MÁRCOS.

Cómo? Toadía no ha vuelto.

FLORENCIO.

Será forzoso restituirle el millon.

DON MÁRCOS.

Forzoso... más que voluntario; pero qué remedio hay?

FLORENCIO.

Antes de pasar á la devolucion, vea usted de proporcionarme una entrevista con mi enojada.

DON MÁRCOS.

Dificilillo ha de ser ogtenerla; mas yo probaré.

FLORENCIO.

Yo intentaré luego pacificarla.

DON MÁRCOS.

Mal pleito emprendes, razones endebluchas alegarás.

FLORENCIO.

En la pura verdad fundaré mi defensa. Yo, para casarme, necesito una mujer con honradez y con dinero. Cada uno tiene su gusto, y este es el mio, que me parece nada ofensivo á la buena moral. Pilar, que es honrada, ya es rica. La señorita Pilar, que ántes no me convenia, ya me conviene.

DON MÁRCOS.

Y su esquivez? Y sus veintisiete del pico?

FLORENCIO.

A la rosa del pudor guarnecen espinas; esas son las esquiveces de una doncella. Los veintiseis (que aun no ha cumplido los veintisiete) se disimulan á la mujer de buenas dotes y dote mejor.

DON MÁRCOS.

Tú no puedes hacerla feliz; tú no la quedrás nunca de veras.

FLORENCIO.

Oh! me juzga usted mal. Cuando yo me vea instalado en una habitacion cómoda, con lujoso mueblaje y servidumbre á la inglesa; cuando guie una berlina elegante tirada por fogosos caballos; cuando me siente á una mesa con servicio de plata y china, crea usted que no se quejará de mí la mujer á quien deba aquel fausto. Los positivistas son hombres de bien cuando les tiene cuenta.

DON MÁRCOS.

Falta que Pilar se convenza dello.

FLORENCIO.

Espero que usted cooperará á mi rehabilitacion.

DON MÁRCOS.

Sí; pero si no lo consigo, no extrañarás que trate de quedar bien con la señorita, aunque no quede muy bien con el señorito.

FLORENCIO.

Quiere usted comentarme esas expresiones?

DON MÁRCOS.

No, no fio yo á traque barraque mis proyectos á un andulario (1), que malada (2) torpemente los suyos. — Vete á mi cuarto, y no salgas dél.

FLORENCIO.

Como usted disponga, papá.

ESCENA III.

DON MÁRCOS.

Oí muchas veces á la Guindolera cantar, con aquella voz de calandria, esta copla:

Siente el hombre y sentirá,
Segun la suerte le incita,
Muy poco el bien que le da,
Muy mucho el bien que le quita.

Purico, purico (3), lo que me pasa con el millon. Yo predico á Florencio; mas aunque me sermonearan á mí, no estaria de sobra. Sí,

(1) Perdulario.
(2) *Maladar* ó *malhadar*, echar á perder, estropear.
(3) Igualito, idénticamente.

señor, sí, señor; ántes se hace uno á poseer que á desposeerse; y entre un *toma* y un *tomo*, hay una diferencia de tomo y lomo. Si pudiese yo amugronar en terreno mio esa vid hermosísima de la herencia!... se entiende, sin que resultara perjuicio de tercero... — Allí asoma la estrella de la calle de ídem.

ESCENA IV.

PILAR, con mantilla. — DON MÁRCOS.

PILAR.

Felices tardes, señor don Márcos.

DON MÁRCOS.

Téngalas usté muy buenas, Pilar. Cómo se siente usté?

PILAR.

Bien, gracias, muy bien.

DON MÁRCOS.

La vi á usté salir tan arrebatá...

PILAR.

Ya menguó la creciente.

DON MÁRCOS.

Podrá usté oirme dos palabras sin que torne á subir?

PILAR.

Si no me habla usted de su hijo, sí, señor.

DON MÁRCOS.

Él se va mañana de aquí.

PILAR.

Por muchos años.

DON MÁRCOS.

Disponga Dios. Tal vez en una calle se estropiecen ustés...

PILAR.

Cada uno seguirá su camino.

DON MÁRCOS.

Florencio no; zanqueará tras usté.

PILAR.

Con qué objeto?

DON MÁRCOS.

Con el de solicitar su perdon.

PILAR.

Memorial perdido, señor don Márcos.

DON MÁRCOS.

Bah! Súplica de indulto no la niega un buen corazon.

PILAR.

Bien... con tal de no ver al suplicante en su vida...

DON MÁRCOS.

Por qué no ha de verle usté más?

PILAR.

Porque entre él y yo todo ha cesado.

DON MÁRCOS.

Si no pué ser...

PILAR.

Si no puede ni debe ser otra cosa. Florencio no me ha querido nunca... ni yo á él; ahora lo conozco. Quiso mi honor, quiso mi dinero; á Pilar Villaurrutia, jamás.

DON MÁRCOS.

Repare usté...

PILAR.

Yo me le figuraba apasionado y fiel, imprudente sí, mas por efecto de su misma pasion; él no era nada de esto, es decir, que Florencio no es el hombre á quien yo queria.

DON MÁRCOS.

Figuracion que dura tres años, mal se desbarata en dos horas. Muerta la llama de una hoguera, queda el rescoldo. Yo espero toadía que trilleis bien (1) los dos.

PILAR.

Ni lo piense usted. ¿No ve usted que se lo digo con firmeza, con serenidad, sin lágrimas?

DON MÁRCOS.

Cargadillo se muestra el cielo pa que falte agua.

PILAR.

Tan pusilánime cree usted que soy? ¿Merece su hijo de usted que le lloren?

DON MÁRCOS.

Lo que él merece, ya le acontece.

(1) *Trillar bien con uno*, llevarse bien con él: úsase más con negacion, *no trillar bien*.

PILAR.

«Una dilacion, una ausencia y una despedida cortés!»—Cuando recuerdo estas palabras... No hablemos de Florencio, señor don Márcos; ya lo dije desde el principio.

DON MÁRCOS.

Norabuena. — Qué se ha hecho usté dende que salió?

PILAR.

Pasearme. Necesitaba respirar en anchura; me dirigí al Canal.

DON MÁRCOS.

Donde se tiran los que pierden el juicio?

PILAR.

No me hallaba en tal caso. Quien vive con pureza, no debe morir entre cieno. Además, iba con mi maestra.

DON MÁRCOS.

Concurre allí gente?

PILAR.

Poca; sin embargo, allí andaba un sugeto... Ellos no me vieron á mí.

DON MÁRCOS.

Quiénes eran ellos?

PILAR.

García, con una jóven y un hombre de edad.

DON MÁRCOS.

Serian don Luis Valdáriz y su pupila.

PILAR.

Tal he creido.

DON MÁRCOS.

García visita mucho su casa.

PILAR.

¡Mucho, eh?

DON MÁRCOS.

Ayer estuvo de servilleta prendida con esos señores... Bien que ya no se prenden las servilletas.

PILAR.

Ayer... En efecto, aquí no comió.

DON MÁRCOS.

Don Luis le ha sacao ese empleo, le ha estorbao que se marche á Sevilla...

PILAR.

Justo. Cuántas cosas que yo no apreciaba, que no sabia! Y usted, de quién las sabe?

DON MÁRCOS.

De persona bien informá, segun que se ve.

PILAR.

No le han dicho á usted por qué frecuenta esa casa García?

DON MÁRCOS.

Por muy santo y muy buen motivo, Pilar.

PILAR, con amargura.

Ya... Era de suponer. — Hácia dónde se mudan ustedes?

DON MÁRCOS.

Aun no lo sé. No hará usté la pregunta porque trate de visitarnos.

PILAR.

Es porque trato de mudarme lejísimos.

DON MÁRCOS.

Tambien huye usté de la pobre doña Gregoria?

PILAR.

De ella no, de sus huéspedes.

DON MÁRCOS.

Entro yo en lista?

PILAR.

No, no, por Dios. Perdone usted, que no estaba en mí.

DON MÁRCOS.

Ya que nos apartamos, que sea como buenos amigos. Yo he recibido de usté un millon... el cual... es de usté.

PILAR.

¡Mio? Un millon de gracias por el millon. — Hágame usted el gusto de hablar de otra cosa.

DON MÁRCOS.

Escuche usté, y admitirá lo que le pertenece.

PILAR.

Basta, señor don Márcos. No me está bien pellizcarle su herencia al desinteresadísimo don Florencio.

DON MÁRCOS.

Su herencia! Y si la huele y no la cata?

PILAR.

Buen chasco seria! Casi me alegrára, mire usted.

DON MÁRCOS.

Alégrese usté, porque... chasqueado ya está; chasquearle más... en usté consiste.

PILAR.

Cómo?

DON MÁRCOS.

Cásese usté conmigo, Pilar.

PILAR.

Yo con usted!

DON MÁRCOS.

Poquismo valgo pa tan garrida moza, es verdá; pero ¡qué demontre! Ya se casaba usté con Florencio, que, sin alabarle, vale mucho ménos que yo.

PILAR.

No se compare usted con él...

DON MÁRCOS.

No soy un Matusalen, que digamos; cuatro docenas de pascuas floridas aun prestan. Tengo un natural alegrote; riño pocas veces; con la Guindolera, que era el vivo retrato de usté, no reñí nunca. De mi tosquedá puedo perder mucha sin gran trabajo. Mire usté: allá en Riaza, trocando la *r* en *l* como los más, decia yo *diveltilse* por *divertirse*, *folastelo* por *forastero*, *ganao de celda* en igual de *ganao de cerda*. Se rió una vez de mí la difunta aldabona, me piqué, me puse á *rrrrrererear*, y dale que dale, no paré hasta prenunciar como ella. Crea usté que se pué sacar partido de mí.

PILAR.

No lo dudo, señor don Márcos, y agradezco á usted en el alma los favores que me dispensa. Con todo, casarse por vengarse suele ser casarse para arrepentirse.

DON MÁRCOS.

Pues desacotemos venganzas. Armistía completa. Salgo corresponsable de que el zangarullon de Florencio está bien repiso: vuelva usté á ennoviar con él.

PILAR.

Con él! Todo ménos eso. Ántes fuera esposa... ¿de quién diré yo?...

DON MÁRCOS.

Del tio Maulicio. Pues, pa que la familia no pierda. Ánimo; resuélvase usté. Un sí entre dientes no cuesta mucho.

PILAR.

Cuesta quizá la felicidad de la vida.

DON MÁRCOS.

Con un marido que se desviva por usté, y con un millon de dote, no debe usté ser infeliz.

PILAR.

Dote!... Si busca usted amor, no ponga por delante el dinero.

DON MÁRCOS.

No la ofendo á usté con esas palabras... pero... oiga yo una de... de... —cariño seria pedir gollerías... Amistad. Una promesa de amistad... con privilegio exclusivo.

PILAR.

No puedo, no debo darla ahora.

DON MÁRCOS.

Pero, hija, tiene usté otro novio mejor que yo?

PILAR, llorando.

Qué he de tener?

DON MÁRCOS.

Pues entónces... Vamos... Pero no se me alicaiga usté asín, criatura.

PILAR.

Señor don Márcos...

DON MÁRCOS.

Si acierta Florencio á salir, y la ve á usté zollipando (1) tan fuerte...

PILAR.

Qué! Ha vuelto? Creeria que lloraba por él... No, eso no... Se envaneceria... reiria... Ya se habrá reido. Es menester que me respete, que me tema, que delante de todo el mundo me bese esta mano, esta donde ha escupido. Sí, soy su madrastra.

DON MÁRCOS.

Alabao sea Dios. Me quita usté del garguero un ahoguío!... Me doy por el hombre más dichoso del mundo.

(1) Sollozando.

PILAR.

Sí! Gran dicha cabe donde yo esté. Hágame usted el favor de dejarme sola.

DON MÁRCOS.

Norabuena. —(Aparte, retirándose. Mio es el retrato de la Guindolera, y, de revertidura (1), el millon.)

ESCENA V.

DOÑA GREGORIA.—DON MÁRCOS, PILAR.

DON MÁRCOS.

Ah! Doña Gregoria, hágame usté el favor de oir dos palabras.

DOÑA GREGORIA.

Mande usted.

DON MÁRCOS, á Pilar.

Dinquiá luégo (2).

(Vanse doña Gregoria y don Márcos al cuarto de este.)

ESCENA VI.

PILAR.

Ya no me ve nadie, ya puedo llorar sin reparo. Ay, Jesus! ¡Ay de mí! «Tienes un millon de dote, me decia tambien mi padre; debes prometerte un buen porvenir.» Si me profetizaba este, más vale que no sea testigo de él. La primera vez que miré á un hombre con ideas de matrimonio, puse los ojos en uno que, para mí entónces, era ya viejo: no estaba de Dios que me casara con jóven. Oh! y él no permita que al pobre don Márcos le suceda lo que al jinete aquel del caballo perla. Solía yo, huérfana ya, contemplar la cajita donde custodiaba esa fatal herencia, y decir: «Nunca se me ha ocurrido cambiar uno de esos billetes; Dios me premiará al cabo por ello.» Con dinero me premia... No apetecia yo billetes de banco. ¿Si será que no valgo ya nada, y por eso... (Se mira al espejo de la sala.) No, lo que es gimoteando, no estoy bo-

(1) Añadidura.
(2) *Diquiá, disquiá, dinquiá,* de aquí á...

nita. Resignémonos; la resignacion debe ser el ejercicio cotidiano de la mujer. García se casa con otra... Madrastra, madrastra; madrastra de Florencio para escarmentar al hijastro.

ESCENA VII.

GARCÍA. — PILAR.

GARCÍA.

Muy buenas tardes.

PILAR.

Bien venido. — (Aparte. ¡A tiempo resucita el señor inspector de escuelas!)

GARCÍA.

Pilar, me parece usted... como triste. No quisiera incomodar á usted preguntándole...

PILAR.

Pregunte usted cuanto se le antoje. Necesito algo que me distraiga.

GARCÍA.

Es tan poco amena mi conversacion...

PILAR.

Sí, á veces...

GARCÍA.

Por eso huyo de molestar á usted. — Me retiro.

PILAR.

Riñamos siquiera para entretenernos.

GARCÍA.

¡Reñir con usted? No sé que usted me haya dado motivo.

PILAR.

Pues usted me ha dado muchos á mí. Por ejemplo, esta mañana, con qué propósito abrió usted el cajon de ese armario? Yo lo pregunté, y usted hasta ahora no me ha respondido...

GARCÍA.

Pilar...

PILAR.

Y es necesario que me responda.

GARCÍA.

Pilar, una vez que va usted á casarse con don Florencio...

PILAR.

Tarde recibe usted el correo de vecindad. No, señor. No me voy á casar con él.

GARCÍA.

¿Es posible! Se han desavenido ustedes?

PILAR.

Sí, señor.

GARCÍA.

Y eso la tiene á usted agitada... inquieta?...

PILAR.

Eso es lo de ménos. Contésteme usted.

GARCÍA.

Pilar, no se enoje usted conmigo más que lo está; prométalo usted.

PILAR.

Prometo. Hable usted.

GARCÍA.

Yo abrí el cajon para poner dentro una carta.

PILAR.

Para quién?

GARCÍA.

Para quién habia de ser? Para usted.

PILAR.

Dónde está esa carta?

GARCÍA.

La rasgué delante de usted.

PILAR.

Es verdad. Mal hecho, porque ahora tendrá usted que decirme verbalmente su contenido.

GARCÍA.

Se reducia á esta breve frase: «Pilar, yo adoro en usted.»

PILAR.

Hola! Desde cuándo?

GARCÍA.

Desde que la vi.

PILAR.

Cinco años há que nos conocemos, cinco palabras tiene esa expresion, á palabra por año sale: tiempo ha tenido usted para ir combinándola.

GARCÍA.

Ántes de hoy no he podido escribirla.

PILAR.

Por qué?

GARCÍA.

Porque ántes de contraer nuevas obligaciones, necesitaba pagar una deuda.

PILAR.

Deudas, hombre tan arreglado! Explíqueme usted ese enigma.

GARCÍA.

Es una historia larga.

PILAR.

Mis labores de hoy están hechas.

GARCÍA.

Obedeceré. Mi padre fué un pobre maestro de equitacion, que se empeñó en que su hijo enseñara niños en vez de potros; yo, no obstante, gustaba mucho de regir un caballo, y presumia de buen jinete, presuncion que por poco me cuesta cara. Tenia mi padre una jaca perla...

PILAR.

Perla?

GARCÍA.

Sí, muy linda. Salí en ella una vez al Prado, bajando la calle de Alcalá...

PILAR.

¡De Alcalá?

GARCÍA.

Y era dia señalado por cierto; el 15 de agosto, la Asuncion.

PILAR.

La Asuncion! Qué año?

GARCÍA.

Mil ochocientos treinta y nueve.

PILAR.

Jesus! Pues entónces... (Reprimiéndose.) Pues entónces vivia yo en la calle de Alcalá. De una jaca perla me acuerdo... Qué le sucedió á usted con la suya?

GARCÍA.

Que me arrojó cerca de la ermita del Ángel, y quedé en el suelo como difunto. Al otro dia los periódicos anunciaron mi muerte.

PILAR.

Parece imposible. (Aparte. Oh! sí, él es... y nunca advertí!... Qué extraña es mi suerte!)

GARCÍA.

Disculpa tuvieron los periodistas, porque fuí llevado sin sentido á mi casa. Quien murió poco despues fué mi padre. Tal me habia parado la jaca perla, que tuve que tomar las aguas de Alhama. Dos hermanos, hijos de mi patrona, me salvaron allí la vida, robado ya por unos facinerosos. Por el un hermano, hijo excelente, serví en el ejército; el otro fué despues secretario de don Cárlos Figuérez y de don Luis.

PILAR.

Ya que nombra usted á ese caballero, ¿qué relaciones median entre su sobrina y usted?

GARCÍA.

Las de pura amistad. La señorita Valdáriz, esta misma tarde en paseo, ha confesado á su tutor, en presencia mia, que la obsequia un ingeniero ausente, el cual estará muy pronto en Madrid. Este ingeniero, ingeniero civil, es el hijo bueno de mi patrona.

PILAR.

Ya... siendo así... (Aparte. Las noticias del tal don Márcos!...)

GARCÍA.

El otro hijo, sirviendo á don Luis, le distrajo veinte mil reales, pertenecientes á su pupila; yo me obligué á satisfacerlos, y por eso conozco á la familia Valdáriz. He necesitado seis años para extinguir la deuda; sin medios para establecerme durante este tiempo, he amado y he callado mi amor. Ayer entregué á don Luis lo último que debia el infiel dependiente, que paró por fin en presidio; me atreví hoy á escribir á usted, abrí ese cajon, vi un millon dentro... rasgué la carta.

PILAR.

Pero esto que me dice usted hoy, ¿por qué no me lo ha dicho cinco años há?

GARCÍA.

El bien que uno hace, no debe contarlo.

PILAR.

Á una amiga fiel, por qué no?

GARCÍA.

Á quién ha dicho usted que guardaba el millon?

PILAR.

Yo á nadie perjudicaba callando; su silencio de usted... no merece perdon.

GARCÍA.

No me ha dicho usted que ya no se casa con Florencio?

PILAR.

Sí; pero tengo prometida mi mano á su padre.

GARCÍA.

Á su padre! Cómo? Por qué?

PILAR.

Por qué? Porque la ha pedido, porque ha sabido aprovecharse de mi exasperacion, de mi aburrimiento, de noticias erradas... porque no estaba usted aquí.

GARCÍA.

Luego para mí no hay esperanza?

PILAR.

Espere usted en su valor y cordura, espere usted en el tiempo y en el olvido; en mí no. Siendo mujer de bien, he sido muy poco afortunada hasta ahora; si falto á mi promesa, careciendo de causa, no debo temer la ira y el castigo de Dios?

GARCÍA.

Es verdad, razon tiene usted. Mia ha sido la culpa, no debo quejarme de la pena.

PILAR.

No es la pena para usted solo.

GARCÍA.

Pilar... mi querida Pilar... Si doy ocasion á que usted padezca... no me aborrezca usted.

PILAR.

Aborrecer! En veintiseis años no he aborrecido á nadie, ¿he de principiar por usted?

DOÑA GREGORIA, dentro.

Bueno, bueno; lo haré.

PILAR.

Vienen. Separémonos.

GARCÍA.

Pilar mia... Mia no.—Pilar... adios. (Vase.)

ESCENA VIII.

DOÑA GREGORIA. — PILAR.

DOÑA GREGORIA.

(Dentro aun.) Será usted servido. — (Sale.) Ah! Don Pablo se retira de aquí. Sabe ya las novedades ocurridas en casa?

PILAR.

Ya sabe cuanto hay que saber.

DOÑA GREGORIA.

Habrá dicho... cuanto hay que decir.

PILAR.

Sí; pero tarde.

DOÑA GREGORIA.

Ya lo creo; al fin de cinco años... Oiga usted ántes que me distraiga. Usted, al sacar el millon, dejó ahí puesta la llave.

PILAR.

No habia ya que guardar.

DOÑA GREGORIA.

Yo la he cogido... y, sin licencia de usted, por si no la da... voy á abrir y cerrar el cajon. (Abre.)

PILAR.

Para qué?

DOÑA GREGORIA.

Para volver esta caja á su sitio. (Muestra la caja, que traia oculta, y la echa en el cajon.)

PILAR.

No, doña Gregoria, deténgase usted. Eso no es mio.

DOÑA GREGORIA.

Don Márcos me asegura que sí. Yo no lo entiendo... (Cierra, y quita la llave.) Pero el hombre se obstina en que le haga recibir á usted el millon, á lo ménos para guardárselo.

PILAR.

¿No le ha manifestado á usted el motivo de...

DOÑA GREGORIA.

Nada, no ha querido explicarse.

PILAR, llamando.

Señor don Márcos!

DOÑA GREGORIA.

Aunque yo he cumplido su empeño, no le aconsejaré á usted que reciba ni un real sin oir á García, que cuenta ya con un sueldo regularcito.

ESCENA IX.

DON MÁRCOS. — PILAR, DOÑA GREGORIA.

DON MÁRCOS.

Qué tiene usté que mandarme, Pilar?

PILAR.

Mandar... Sí, señor, dos cosas mando; luégo, siempre obedeceré.

DON MÁRCOS.

Veamos.

PILAR.

Yo quisiera que recobrase usted esa caja... Quisiera tambien... salir de Madrid.

DON MÁRCOS.

Lo segundo, corriente. En el pueblo se hará la boda.

DOÑA GREGORIA.

¿La boda! Con que ya está arreglado todo?

DON MÁRCOS.

Toíto. Quiere usté ser madrina, doña Gregoria?

DOÑA GREGORIA.

Pues no he de querer? Supongo que es usted el padrino.

PILAR.

Doña Gregoria...

DON MÁRCOS.

Quién se figura usté que es el novio?

DOÑA GREGORIA.

Buena pregunta! Bien que... (A Pilar.) ¿Ha hecho usted las paces con el señorito del *sí* y del *no*?

DON MÁRCOS.

No se casa Pilar con Florencio.

DOÑA GREGORIA.

Entónces, con quién se ha de casar sino con García?

PILAR.

Por Dios!...

DON MÁRCOS, á doña Gregoria.

(Aparte. Demóncano!) García... ¿no pretende á la señorita Valdáriz?

DOÑA GREGORIA.

Quién le ha engañado á usted con esa patraña?

DON MÁRCOS.

Señora, mi Florencio está muy creido...

DOÑA GREGORIA.

¡Sabrá bien don Florencio lo que hay en casa de don Luis, cuando no ha sospechado lo que pasa en la mia! En negocios de interés material verá como un lince; para lo demás, necesita lentes del número dos. Créame usted: García quiso á Pilar desde el punto y hora que la vió, y ella se le inclinaba muchísimo; él, por su pobreza, no le declaró sus intenciones; vino el otro, y... Discurra usted! Entre un mudo y un hablador, quién habia de ganar el pleito? Tras cinco años de un amor jamás desmentido, bien merecerá un sugeto como don Pablo que se le haga justicia.

DON MÁRCOS.

¿Cinco años de amor!

DOÑA GREGORIA.

Bobos.

DON MÁRCOS.

Pilar, oiga usté. (Se la lleva á un lado.)

DOÑA GREGORIA, aparte.

¡Qué misterio es este? Si me habré distraido en algo?

DON MÁRCOS.

Pilar... usté me dijo que no tenia otro pretendiente mejor que yo.

PILAR.

Entónces... dije la verdad.

DON MÁRCOS.

Con que el señor García ¿ha venido á explicarse...

PILAR.

Despues.

DON MÁRCOS.

Y usté, qué le ha contestao?

PILAR.

Lo que debia. Ofrecí á mi padre entregar al heredero de don

Cárlos la manda del Virey; lo cumplí. He prometido á usted mi mano, de usted será.

DON MÁRCOS.

«Tal vez un sí cuesta la felicidá de la vida.» Su aquel tenia este dicho de usté. «Casarse por vengarse, tal vez es casarse pa arrepentirse.» Ya lo estoy viendo... y tengo de qué arrepentirme tambien. Ea, hija; voto á un chino de arroyo! ensanche usté ese corazoncejo; yo le restituigo á usté su palabra... como usté nos restituyó la de Florencio... con ménos razon. Yo ni aun sospechaba los amores de nuestro cardífago. Usté es capaz de alborotar el espritu á un anacoreta. Usté, á más, heredó esa cara á la pobre mestiza de Turrubuelo, que me trujo sin sombra. Luégo, páece que ese demontrijo de dinero lo mesmo encalabrina el meollo al mocete que al viejo, al de la corte que al de la aldea. Por fortuna, á este mal aun alcanza remedio. (Alto, de modo que doña Gregoria lo oye y se acerca.) Lea usté esa carta, que no debí yo tomar ni leer, y verá usté cuán justo era que la tal caja de mis pecaos tornase allí-neso á su propio nidal. (Da á Pilar la carta.)

PILAR.

Qué carta es esta? (La desdobla y lee.)

DOÑA GREGORIA.

Me parece la que yo recibí.

DON MÁRCOS, á doña Gregoria.

Sí, señora, la topé en mi cuarto, metida en un bote con tapiron (1).

DOÑA GREGORIA.

En una pieza del juego de café. Ahora me acuerdo...

PILAR.

Padre desventurado mio!

ESCENA X.

GARCÍA, con un papel. — PILAR, DON MÁRCOS, DOÑA GREGORIA.

GARCÍA.

Pilar, ha recibido usted una carta de Torrelaguna?

(1) Tapon, tapa.

PILAR.

Mírela usted.

GARCÍA.

Sabe usted ya que es heredera legítima del virey de Méjico?

DOÑA GREGORIA.

Qué oigo! ¿Es de usted el millon!

PILAR.

Doña Gregoria... parece que sí.

DON MÁRCOS.

No hay cosa más parecía á la verdá que ella mesma.

GARCÍA.

El hermano del que ha escrito esa carta, el ingeniero, el hijo bueno de mi patrona, acaba de salir de casa. Al morir el culpable escribiente, le encargó que sacara de una escribanía de Madrid, y le presentase á usted, este testimonio, que prueba el derecho de los Villaurrutias con ventaja evidentísima al de los Figuérez.

DON MÁRCOS.

Señor candílgrafo, ese derecho... y otros... quedan ya reconocíos por mí. Nuestra Señora de Hontanares me lo ha ispirao para librarme del abuchorno que me esperaba.

PILAR.

Ya no tiene usted de qué avergonzarse, don Márcos. Es usted un hombre de bien.

DON MÁRCOS.

De los que hocican á lo mejor. Voy á dar la enhorabuena al bendito de mi Florencio; tambien se queda esta vez sin madrastra.

DOÑA GREGORIA.

Sin madrastra! (Aparte. Lo que descubro!)

DON MÁRCOS.

Con Dios, hija mia. Escríbame usté dos palabras de paz y consuelo á Riaza.

PILAR.

De agradecimiento serán. Mi imprudencia pudo condenarme á una vida de lágrimas. De ella me libra usted.

DON MÁRCOS.

Lágrimas! Por excusarle á usté una, diera yo cuanta sangre hay aquí. — Diquiá nunca, señores. (Vase.)

ESCENA XI.

PILAR, GARCÍA, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA.

¡Con que era don Márcos el novio? Y yo que ignorante de lo que pasaba, le dí cuenta de la inclinacion de don Pablo! ¡Buena manera de agradecerle sus guarnices y guarnigones!

GARCÍA.

Pilar, cuando creí á usted millonaria, rasgué mi declaracion por escrito; olvide usted ahora la que me oyó.

PILAR.

Por olvidada; mi eleccion está fija.

DOÑA GREGORIA.

En quién?

PILAR.

En persona de quien debe usted acordarse, doña Gregoria. En el hombre que me inspiró el primer pensamiento de amor.

DOÑA GREGORIA.

Pues no se estrelló en el paseo de Atocha? ¿Vive aun el jinete del caballo perla?

GARCÍA.

Ah! Soy yo! Me arrojo á esos piés.

DOÑA GREGORIA.

Era usted? Ay! entónces, déjese usted de piés, y tome las manos.

GARCÍA.

Pilar! Pilar! Suspirado bien de mi alma!

PILAR.

Oh! si mi pobre padre viera este dia!...

DOÑA GREGORIA.

Viéndolo está, gozando en nuestro júbilo.

PILAR.

Él nos envie su santa bendicion desde el cielo.

FIN.

Esta comedia se halla de venta en Madrid en la librería de D. José Cuesta, calle Mayor, núm. 2.

En las provincias y en Ultramar se halla en las librerías de los corresponsales de la Galería literaria Matritense, titulada El Teatro. A dichos corresponsales se dirigirán las personas que quisieren representarla en cualquier teatro fuera de la provincia de Madrid.